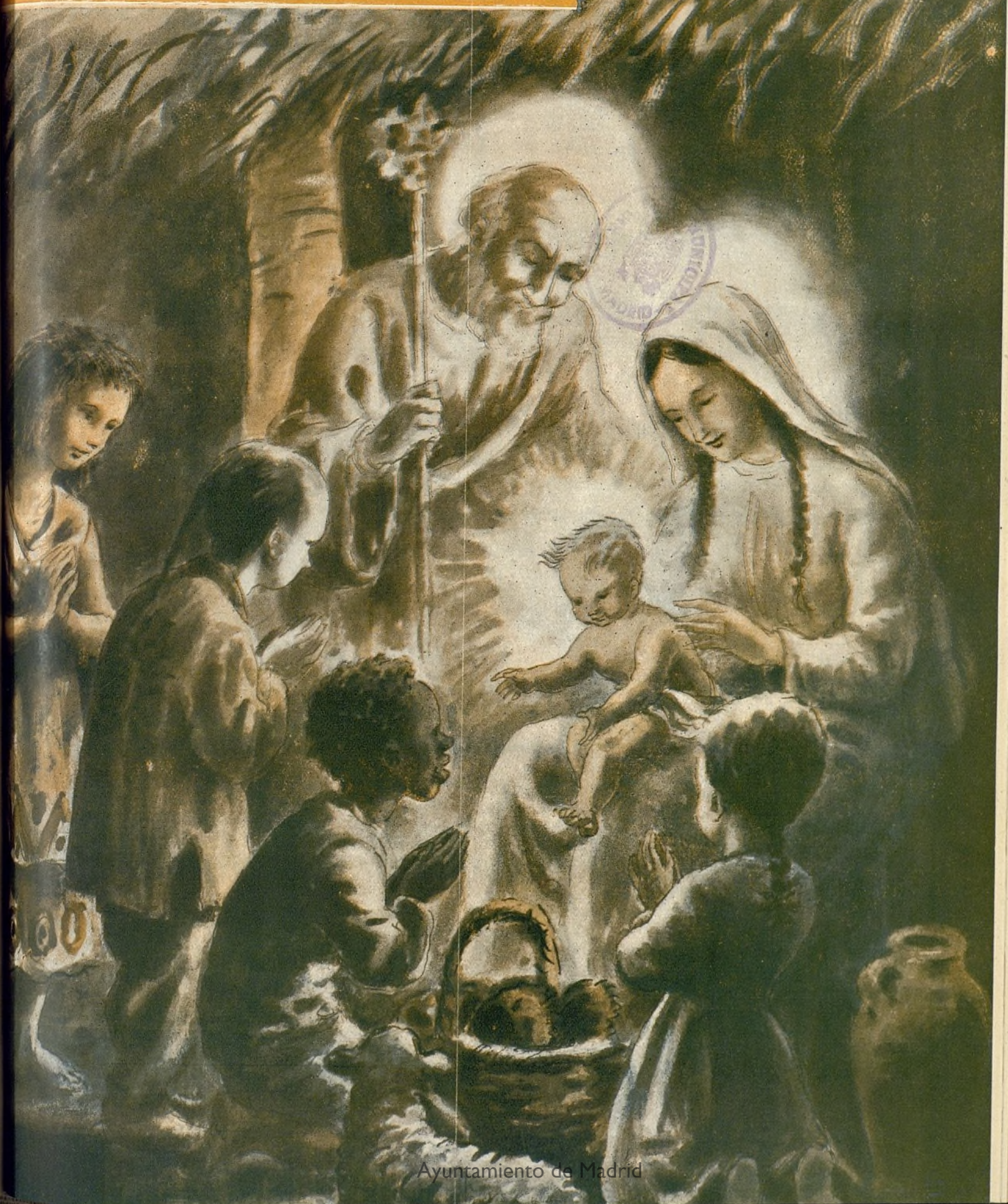


MISIONES CATOLICAS

BOLETIN OFICIAL del SECRETARIADO de MISIONES de la PROVINCIA ECLESIASTICA TARRACONENSE





Viajes Marco

AGENCIAS DE VIAJES

G. A. T. N.º 23

Colón, 1

Teléfono 21 85 54

Rambla del Centro, 27 BARCELONA Direc. Tel.: MARCOTOURIST

Sucursal en Madrid: Alcalá 54 - Tel. 31 00 03



MARCA REGISTRADA

CONSTRUCCIONES IBERIA

CONDENSADORES PARA
TUBOS FLUORESCENTES
RADIO
INDUSTRIALES

ABSOLUTA GARANTIA

Av. José Antonio, 579, 6.º - Tel. 22 04 58 - BARCELONA



Darma

Visítenos, y vea en nuestra **PELUQUERIA PARA SEÑORAS** los últimos modelos en peinados, permanentes, etc. y nuestra especialidad en teñidos de los tonos más modernos y originales, así como nuestro servicio de **MANICURA** y depilación, que ofrecemos a V en la seguridad de que, tanto el servicio como el ambiente, y nuestros precios muy razonables, harán de V. una de nuestras mejores clientes.

Lauria, 119
Teléfono

BARCELONA

Industrial Relojera

Av. Puerta del Angel 36, 1.º

Tel. 22 16 12 - Barcelona



A PLAZOS

Desde el reloj de
pulsera al de torre

50 AÑOS DE VENTA

Envíos a Provincias
10 años de garantía técnica

VINOS FINOS DE MESA Y GENEROSOS CHAMPAN

Cava de Sant Joan

Moja-Villafranca del Panadès
TELÉFONO 92.
(BARCELONA - ESPAÑA)

GRAN PREMIO Y MEDALLA DE ORO
2.º Congreso Internacional de la Viña y del Vino
Exposición Internacional de Barcelona 1929

MISIONES CATOLICAS

ORGANO OFICIAL DEL SECRETARIADO DE MISIO-
NES DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA TARRA-
CONENSE — REDACCION Y ADMINISTRACION:
CALLE CASPE. 108 — APARTADO 776 — TELE-
FONO 251726, BARCELONA, DICIEMBRE, 1951
AÑO LII — Nº 760 — SUSCRIPCION: ANUAL,
24 PESETAS Y SEMESTRAL, 12 PESETAS : : :



Barcelona ante el Congreso Eucarístico Internacional 1952

CATOLICOS del mundo entero, ¡alegraos con nosotros! Llenos de entusiasmo esperamos el magno acontecimiento que nos reserva 1952: EL XXXV CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL. Aquí, en nuestra Barcelona, se celebrará D. M. el primer Congreso Eucarístico posterior a la última guerra mundial. Desde el instante en que nuestro amantísimo Prelado, Excmo. Dr. D. Gregorio Madrego, el pasado día veintitrés de febrero, en plena Misión, anunciaba en el Gran Price a sus diocesanos, el magno acontecimiento de la próxima Primavera de 1952, el gozo inmenso que la noticia ocasionó en los corazones católicos ha ido en aumento. Ya se viven las jornadas preparatorias; ya se nota el calor en todos los pechos de los buenos barceloneses, para que los actos del Congreso resulten un triunfo y un ejemplo mundial de fervor a Jesús Sacramentado, correspondiendo así al grande amor que el Señor siente por Barcelona católica y a la predilección de S. S. el Papa, al haber elegido a nuestra Ciudad como sede del Congreso.

LA EUCARISTIA Y LA PAZ, este será el tema Central del Congreso: «El Congreso de Barcelona proclamará que la Eucaristía es medio sobrenatural de adquisición, conservación y perfeccionamiento de la paz del hombre», dice nuestro amantísimo Prelado, y luego añade: «Oración, sacrificio, predicación sagrada, catequesis, estudio y propaganda doctrinal, he ahí los medios que con creciente intensidad han de emplearse». La paz espiritual y temporal que tanto necesitamos, sólo y exclusivamente podremos encontrarla en Jesús Sacramentado. ¡Cuán grande ha de ser pues el homenaje que debemos rendir al Señor en las próximas jornadas del año 1952!

Sea bienvenido, pues, el año que tan halagüeñas perspectivas nos presenta. En nuestras páginas iremos dando cuenta de los preparativos, de los detalles, de los actos y de toda la solemnidad, así como también del aspecto de nuestra Barcelona que acogerá con los brazos abiertos a cuantos católicos de corazón vengán a acompañarnos en tan sublimes efemérides.

Nuestra mirada está puesta sólo en el porvenir. Al dar a nuestros colaboradores, redactores y lectores las más expresivas gracias por su labor en pro de nuestra Revista, propagadora del apostolado en todo el mundo, por su labor realizada durante 1951, les rogamos con el mayor empeño y con todo nuestro corazón, que ayuden, ante todo, al esplendor del Congreso Eucarístico Internacional de 1952 y que ayuden también a su revista «MISIONES CATOLICAS» para que junto con su labor habitual pueda superarse en labor especial de propaganda como homenaje al inapreciable don que nos concede Jesús Eucaristía.

Muy felices Fiestas del Nacimiento del Señor y abundancia de gracias espirituales para 1952.

LA REDACCION.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

Nuestra portada: Nacimiento, dibujo original de García Estragués.—Barcelona ante el Congreso Internacional de 1952, pág. 221.—Intención Misional de Diciembre, por S. Z., pág. 222.—Intenciones Misionales para 1952, pág. 223.—Mater Dei, por Gerardo Foster, pág. 224.—A vosotros, los niños todos de España, por J. Andrés de Celis, pág. 224.—La lección del Pesebre, por Fr. Alejandro Quintanilla, O. S. A., pág. 225.—La Encíclica «Evangelii Praecones» y la medicina Misional, por A. Llorente, C. M. F., pág. 226.—Y vinieron los Reyes, por T. Pena Arregui, S. J., pág. 227.—Las Campanas de Nagasaki, por N. N. Verdu, pág. 228.—La crisis mundial y las Misiones, Walter Gardini, pág. 229.—

Importante documento de la Jerarquía Eclesiástica Norteamericana, pág. 230.—Noche de Navidad, por L. C., págs. 230.—EL CORAZON DE MARIA, FATIMA Y LUCIA, por P. M. Pereira, familiar de la vidente, pág. 231.—Año Nuevo vida nueva, por Dom Benito Tapia, O. S. B., pág. 232.—Los Fakires, por A. Lallemand (conclusión), pág. 235.—Así era Mapuyi, por Arn. Thield, de las Misiones Africanas, pág. 236.—De la Sierra del Perijá, por Fr. Marcos de Ygedo, pág. 237.—La fiesta de la Juventud en el pueblo de Kuba, por Hubert Schick, S. I., pág. 238.—Selecciones, pág. 239.—Lo Indestructible, por J. Ballester Andreu, pág. 241.—Pasatiempos, pág. 244.



POR LAS MISIONES EN LAS REGIONES POLARES

LAS MISIONES MAS DIFICILES DEL MUNDO LANZADAS A LA SALVACION DEL CONTINENTE HELADO

Las regiones árticas se presentan como prolongaciones continentales (Alaska, Canadá superior), archipiélagos (Spitzberg, Nueva Siberia) e islas (Tierra de Baffin, Groenlandia), que forman un verdadero y propio «mar mediterráneo», salpicado de «icebergs» e iluminado por un pálido sol en el horizonte durante seis meses, pero hundido en negra noche durante otros seis.

En aquellas desoladas costas, en aquellas landas salvajes cubiertas de interminables tundras de musgo y líquenes, vive una población nómada que resulta especial por sus usos y condiciones sociales excepcionales.

LOS ESQUIMALES. — Entre los pueblos del «Gran Norte», los esquimales son los más numerosos y característicos: baja estatura, color de olivo claro, y bastante resistente a la fatiga. Sus recursos son el oso blanco, el pingüino, la foca especialmente, de la que extraen la carne para el alimento, el aceite, etc.

Gente pacífica y simpática, el esquimal se gobierna según los principios de comunidad, viven a lo largo de las costas de Alaska, Canadá superior y Groenlandia y profesan un totemismo entreverado de supersticiones las más curiosas.

LOS PERROS, COMPAÑEROS INSEPARABLES. — El compañero inseparable del Misionero en las soledades polares es el perro. El perro esquimal, herido o castigado, es sumamente dócil y fiel hasta la muerte. Pero, ¡ay de quién manifieste distinción por uno, o se le castigue sin razón! A su extraordinaria resistencia une la fidelidad más desinteresada que le aguijonea para buscar al dueño que tal vez se haya despistado en la soledad helada. Jamás cambia la dirección indicada y afronta los peligros con una valentía que pasma.

MISIONES HEROICAS. — Las Misiones polares representan uno de los más extremados actos de celo dentro del apostolado católico entre los inexplorados y horrorosos países helados del Norte.

Es magnífica la «epopeya blanca» del misionero católico, arrojado vanguardista de la fe y civilización, auténtico gigante de energía indómita y generosidad sin límites.

La floreciente Misión de Alaska está confiada a los Jesuitas de California, que desde 1909 han realizado un trabajo sistemático, coronado por el éxito más estupendo. En una población de noventa mil habitantes (incluidos los blancos), los católicos son unos catorce mil, siendo su foco principal Nome.

En los albores de esta fantástica empresa (1886), encontramos a Mons. Seghers, belga y primer mártir, y a los jesuitas R. Robant y Tosi, definido este último por el diario «Alaskan News»: El más grande apóstol y el más intrépido explorador de Alaska. Lo restante de las Misiones polares — Meckenzie-Alhabaska — hasta Groenlandia y hasta donde oscila el polo magnético, está confiada a los Oblatos de María Inmaculada.

Groenlandia, que hacia el año 1000 recibiera la fe y en donde se desarrolló floreciente el Catolicismo hasta tener una sede episcopal — Gardar — con una sucesión de dieciocho prelados, Groenlandia — tierra verde — está hoy cerrada herméticamente a la influencia del Catolicismo, por obra de los «misioneros» protestantes daneses.

El Polo sur, ¿presenta algún interés para el misionero?

La Antártida es un gigantesco continente, un «iwlandsis» sumamente monótono, el país de la inmovilidad perenne.

Su ter
Norte, qu
vida, si r
a la pesc

LOS
surgido e
mar la
medio de
cho mayo

A esos
ción vale
huelos, n
fuerza de
podía ofr
sus actua
misionero
los Padre
Gronard,
arrojo y
dines. Qu
atentame
tores, del
Elocuer
tsan de F
de estos

A 55 C
humano p
focas — a
simo.

Y al de
una metáf
una horri
males en
pero enco
a la izqui
cados. El
necesitam
senté mis
el P. Henry
cosas, no
el uno cab

Enero.

Febrero.

Marzo.

Abril.

Mayo.

Junio.

Su temperatura es muchísimo más baja que la del Norte, que imposibilita cualquier manifestación de la vida, si no son unos centenares de personas dedicadas a la pesca o a exploraciones científicas.

LOS PALADINES. — Un puñado de hombres ha surgido en estos últimos cincuenta años para proclamar la presencia e irradiación del Cristianismo en medio de los esquimales diseminados en un país mucho mayor que bastantes naciones europeas.

A esos adelantados cabe el honor de esa penetración valerosa en una época en la que ningún rompehielos, ningún aparato de reconocimiento, ninguna fuerza del Norte, ningún sueño de viajero polar alguno podía ofrecer ayuda y simpatía de que pueden gozar sus actuales sucesores. No se crea por esto, que los misioneros de hoy día, que han seguido las pisadas de los Padres Tosi, Lucchesi, Giordano, Tachè, Grandin, Gronard, Lacombe, hayan perdido nada en valentía y arrojo y abnegación de aquellos adelantados y paladines. Quien desee conocer las hazañas de éstos lea atentamente las obras del P. Llorente, las del P. Testores, del P. Sachot y P. Duchanssois.

Elocuentísimo será el elogio de un periodista Gontsan de Poncius, que recientemente ha visitado a uno de estos paladines, P. Henry.

A 55 GRADOS BAJO CERO. ... Aseguro que un ser humano puede vivir en una helada y fría cueva de focas — a 55 grados bajo cero — y encontrarse felizísimo.

Y al decir «cueva helada y fría de focas», no empleo una metáfora: el P. Henry vive en una especie de igloo, una horrible caverna de hielo socavada por los esquimales en una de las colinas. Entrase en un corredor, pero encorvándose uno: a la derecha, pieles de foca; a la izquierda, un grupo de perros que están acurrucados. El P. Henry no posee ningún utensilio de los que necesitamos los blancos. Es inútil. «Cuando yo le presenté mis regalillos, creyendo que le causarían sorpresa, el P. Henry, inclina su cabeza.» No, no puede comer tales cosas, no puede digerirlas. De repente, nos sentamos el uno cabe el otro, el Misionero y yo.

Una covacha de focas nos une más pronto que la sala más regia de un grande hotel. «¿No le parece dura esta vida?» «No — dice el padre —, soy felizísimo; mi vida es sencilla, sin pretensiones, tengo todo lo necesario (¡no tiene nada!). Una sola cosa me perturba: cuando sea viejo, ¿qué será de mí?» Esto me conmueve. «Cuando sea anciano usted volverá a los blancos y le darán una Misión en Avestfield.» «¡Oh!, no, no...». Y sus ojos oscurecidos por la penumbra de las largas noches polares brillan al momento.

¿Qué distancia viene a interponer aquel monosílabo entre el misionero y su visitante periodista! En aquel corazón había una fuerza misteriosa, el amor ardentísimo por la salvación de los hijos del continente helado.

ELLOS Y NOSOTROS. — Tal vez alguien se pregunta: ¿Por qué no distribuir mejor las fuerzas católicas, conceder a tantos viejos países un mayor número de misioneros, y dejar a su triste suerte esta minoría humana perdida en la inmensidad de las estepas heladas? ¿No es un escándalo este lujo de vidas, esa dispersión de capital humano en una época que juzga sólo la realidad por la exacta repartición entre el esfuerzo y el resultado?

Respondemos que esta medida no vale para el Cristianismo. Los Misioneros del Polo que se fatigan en las interminables noches boreales y en un trabajo ingrato, condenado frecuentemente al fracaso, son los «Padres» de los esquimales, a quienes han franqueado las puertas de la salvación y las promesas de la Vida. Estos son los pobres, los más abyectos: he aquí por qué los aman, despreciando la misma vida, como los han amado Mons. Seghers, el primer mártir; los Padres Fafard, Le Roux, Rouvière, los nueve mártires de Mackenzie (O.M.I.); las monjas Bigie — «las heroínas de los hielos»; he aquí por qué otros van a ocupar los puestos vacíos.

Ellos han encendido en el Polo una luz que ninguna noche polar puede extinguir; aviso tremendo para nuestra generación atea, superficial y egoísta, sumergida en otra noche más negra que ha helado los corazones.
S. Z.

INTENCIONES MISIONALES PARA 1952

Enero. *La recuperación espiritual y material del pueblo coreano.*
Febrero. *El libre desarrollo de las escuelas católicas en la India y en el Pakistán.*
Marzo. *La preservación de la fe en la América Latina.*
Abril. *La difusión de la prensa católica en los países de Misión.*
Mayo. *La defensa de la familia en el Japón.*
Junio. *El peligro del materialismo ateo en Oriente Medio y Próximo.*

Julio. *Los apóstoles seglares en la Indonesia.*
Agosto. *La fidelidad de los católicos chinos a la Iglesia.*
Septiembre. *El peligro del laicismo en los organismos mundiales de educación y sanidad.*
Octubre. *La Obra Pontificia de San Pedro Apóstol en favor del Clero Indígena.*
Noviembre. *La solución cristiana del problema social en el Africa del Sur.*
Diciembre. *El apostolado entre los estudiantes y obreros de Asia y Africa residentes en Europa y América.*

Acuérdate que el próximo número de Enero 1952 irá a reembolsos de ptas. 24 para cubrir tu suscripción correspondiente al año que vamos a iniciar.

La administración agradece anticipadamente el abono de la misma.





Mater Dei

Oh María, ¡cuántas veces he soñado ser poeta, ser genio, para cantar tus glorias inefables! Un poeta sencillo y primitivo, de esos que se admiran de lo bello — como un niño que recorriera un palacio encantado — un poeta oriental y soñador, de esos que escriben las verdades en cuentos «Había una vez un rey muy poderoso...»

Si, yo también quisiera contar un cuento maravilloso que lei en unos libros muy viejos, que oían a incienso y lágrimas de devoción; un cuento maravilloso, que debió haberse escrito con plumas de pavo real, erizadas de esmeraldas y zafiros, burbujantes de sol: «había una vez un Rey muy poderoso que se llamaba Dios...»

Madre mía, ¿no te estremeces cuando oyes nombrar a Dios...? Yo ansiara subir al monte más elevado y allí, en un arranque impetuoso y sublime, gritar con todas mis fuerzas: ¡Dios! y deseara que ese grito fuera a chocar con la bóveda estrellada, con el cristal de las esferas musicales, que rebotara indefinidamente de roca en roca, de monte en monte, agigantándose cada vez más hasta hacerme caer de rodillas, abrumado ante el peso augusto y sonoro de esas cuatro letras mudas: Dios...

Y después quisiera mirarte a ti, a ti... lentamente, suavemente, con esa fijeza que tienen los ojos de los niños pequeños. A ti, Madre... Verte tan joven y tan bella. Tan idealmente blanca y pura. Tan recogida y misteriosa, como la flor del almendro que esconde un fruto tierno en su secreto lleno de esperanza...

Tan suave y leve sobre tus sandalias que no crujen, como si temieras despertar a alguien. Y verte amada de Dios: «había una vez un Rey muy poderoso, que se llamaba Dios. Habitaba en los cielos, sobre el azul, más allá de las nubes, de las estrellas y de los relámpagos. Era dueño de todo, de todo, y se aburría con sus riquezas. Mas un día, miró a la tierra y vio a la Doncella de Nazareth, y se enamoró de ella...»

¡Oh María, María! Deja que te admire, deja que bese tus pies, deja que adore el fruto santo que nacerá de ti! ¡Oh, quien fuese poeta, quién fuese genio! Sólo en el cielo, Madre mía; allá cantaremos con voces de ángeles...

Geraldo FOSTER

A vosotros los niños todos de España

Queridos niños: Quisiera estar junto a vosotros. Teneros muy cerquita de mí, para hablaros en vuestro lenguaje infantil, de otros niños, también hermanos vuestros, pero que viven sin vuestra alegría, porque viven lejos de Dios.

¿Cuántos sois vosotros?... ¿Muchos?... Es verdad, sois muchos. Pero mirad: si os comparo con esos otros niños, sois muy poquitos. Son millones esos niños que no tienen a Dios por Padre ni por Madre a la Virgen María. Gimen y lloran los pobrecitos, porque caminan huérfanos (los pobrecitos) espiritualmente. Y tal vez sin los padres de la tierra. ¿Y sabéis a quién llaman en sus gemidos? A los niños de España. A vosotros que habéis tenido la dicha de nacer en esa tierra bendita de los españoles.

Vosotros a los pocos días de nacer fuisteis llevados a la Iglesia. Allí el sacerdote, derramó el agua sobre vuestras cabecitas y fuisteis bautizados. Con esto quedasteis hechos cristianos. Hijos de la Iglesia. La gracia divina os transformó en hijos de Dios y templos vivos de la Trinidad Beatísima. Si morís conservando esa gracia bautismal, vuestra alma volará gozosa a los cielos para vivir eternamente en compañía de los ángeles y santos.

Mirad: hablaba yo un día a los niños de mi catequesis de estas cosas. Todos escuchaban sin pestañear. Pero notaba en ellos que querían hablarme. Al fin, uno de los más vivarachos se levanta y me interroga: pero, Padre, ¿y esos niños nunca llegarán a conocer a Jesús? Entonces yo, aprovechando la ocasión, les propuse ante su vista la grandeza del misionero: cómo dejaban su patria, y atravesando los mares, iban a los países lejanos para salvar esos niños. También lo que podían hacer ellos mismos por esos niños infieles: orando y sufriendo por ellos y dando alguna limosnita. Y esto es lo que yo os quiero recomendar hoy, queridos niños.

Precisamente este mes, conmemoramos esos días tan alegres de las Navidades, para los niños. Vosotros sentiréis el calor de un hogar. Y también el calor de un «belén». En cambio, ellos, nada: el frío de la infidelidad. En lugar de vuestra alegría, el dolor en su cuerpo y, sobre todo, en su alma. Pues bien, queridos niños, también os quiero yo misioneritos, ahí, desde vuestro hogar y junto a la cunita de vuestro «belén». ¿Verdad que queréis vosotros serlo de veras? Me imagino oír vuestra respuesta y a la vez vuestra pregunta. Y os repito lo que a los niños de mi catequesis: lo seréis, primeramente orando. Pedid en vuestras tiernas oraciones mucho, mucho, por esos niños infieles. Decidle a Jesús que nazca también para ellos, y que le conozcan y le amen como vosotros. Por ese mismo fin, ofrecedle vuestros pequeños sacrificios. Eso que vosotros a veces sufrís, que sea alegremente. También lo que vosotros voluntariamente os imponéis. ¿No quisiérais también dar una limosnita por ellos? Cuántas cositas tenéis los niños estos días navideños.

No os olvidéis de esos niños que os llaman en sus gemidos. Sed misioneritos. Labrad para sus almas la corona de la gloria y labraréis para vosotros un grande premio en el cielo.

Queridos niños, desde vuestro hogar, sed los misioneritos de esos pobres niños.

JAIME ANDRES DE CELIS



Un sistema de educación moral, no basado sobre el conocimiento de la Religión, produciría un desastre nacional; fuera del cristianismo llegaremos a una disolución de las costumbres y de la moral. — Disraeli.

Es necesario poner la Religión como base de la educación. — Portalis.

La lección del Pesebre



Las últimas horas de una noche cruda y fría como una daga han visto nacer en el globo terráqueo una de paz y de amor. Y es que un Niño-Dios no desdén el vientre virginal de una joven hebrea para venir a un mundo donde la paz es asunto de leyenda.

Y esta escena presenciada por los ángeles se repite todos los años y todos los siglos..., y la paz que se anunció a los pastores de las cercanías de Belén aún no ha amanecido para los hombres.

Es noche para la China comunista necesitada del amor-base de la concordia entre los hombres; es noche y noche cerrada para quienes no quieren abrir sus ojos a la luz. Y es un mismo Infante el que trae la Luz; es El la Luz misma: Luz de justicia y Luz de caridad.

Jesús-Niño está presente a la tragedia de esa China que no quiere recibirle; y quiere nacer pobre como entonces, olvidado de su pueblo que, obcecado, aún le espera para adueñarse del mundo.

Y quiere que los niños chinos le canten junto a sus «belenes» de corcho las tonadas sentidas de su alma infantil. Pero los niños chinos no tendrán este año «belenes» de corcho, ni de sus gargantas saldrán las endechas de sus villancicos; ni tendrán ríos de cristal ni montañas de papel encolado, donde se ven ovejas de barro colgadas hacia abajo; ni aparecerá para ellos en un cielo estrellado de azul y plata el ángel anunciador de una buena nueva; y tampoco tendrán la nieve de harina que no enfria..., ni los musgos recogidos en el campo simularán el verdor de las fuentes de caños de alambre y pozo de cristal; ni el portalico de madera con las clásicas figuras del pacífico buey y el asno conciliador les harán reír con una alegría bienaventurada; ni sentirán la sorpresa de un amanecer de Reyes con sus botines repletos de chucherías...

Y... ¿qué tendrán los niños chinos en estas fiestas navideñas? ¿Tendrán acaso cariño en su alma abierta a un porvenir incierto?

¡Pobres chinitos que no cantarán ni reirán en su lengua de garabatos como las pagodas que coronan sus montañas!

Es delicioso recordar la noche primera de nuestra Redención, cuando nos hallamos junto a un nacimiento de juguete en una habitación bien templada; todos o casi todos nos emocionamos, pero muy pocos tiemblan al pensar en el frío de aquella noche betlemita.

Y la crudeza del invierno primero de nuestra era se refleja en esas caras flacuchas y famélicas que mendigan un poco de cariño y un poco de pan.

Estas fiestas de Navidad no deben ser tan sólo de panderetas y castañuelas; a miles de kilómetros hay hermanos nuestros que ignoran el mensaje de la paz... y hay quienes se lo velan con entrañas de hiena.

La más bella enseñanza que en nuestra alma pueden dejar los próximos días de Navidad no es otra cosa que la del ejercicio de la caridad. Y esa caridad nos obliga a acordarnos de nuestros hermanos de China que no tendrán el consuelo de unas Pascuas navideñas.

Y mientras nuestros ojos se deleiten contemplando la belleza y artificios de esos «belenes» en pequeño; mientras nuestros oídos se extasien escuchando las bellas salmodias con que la Iglesia llama a su Redentor; mientras, en fin, saboreamos el indispensable «turrón» que ha de poner en nuestras mesas una nota de clasicismo español, habrá quienes estén faltos de una taza de «morisqueta» con que saciar su hambre, y de unos trapos con que vestir su desnudez...

FRAY ALEJANDRO QUINTANILLA
O. S. A.



Va mucho camino de la especulación a la práctica. Quizá muchas veces pequemos de demasiado especulación, con todo, es necesaria para practicar; para practicar, a lo menos, según acertadas normas. La especulación es fácil, la práctica muchas veces difícil. La especulación viene siempre determinada por el hecho especulizable. La especulación sobre medicina misional no se hizo esperar mucho, dado el paso de los primeros misioneros.

No ocurrió aquí, tratándose de la necesidad de la medicina en misiones, lo que suele ocurrir, tantas veces, cuando neciamente, en medio de las pasiones todavía muy vivas, se pretende averiguar la verdad de un hecho histórico reciente. Descubrir la verdad histórica exige tiempo. Una distancia necesaria para que la vista del historiador nos transmita los objetos como no son. Que el tiempo diga la última palabra. Por el contrario, los problemas misionales como mejor se palpan, son de cerca, tocando con nuestras manos incrédulas las llagas de una humanidad cada vez más dolorida, que no sabe ni puede redimirse. Pero, ¿quiere esto decir que tengamos que ver para creer? ¿Qué debemos confiar, para entonces, una apresurada capacitación médica los que sentimos la idea específicamente misionera?

No soy yo, es Pío XII quien «recomienda ahincadamente» — estas son sus palabras — este género de obras y de empresas; quien dice, que es necesario que los que se sientan llamados a ejercitar con fruto (notemos: con fruto) estos ministerios, cuando aun se hallen en su propia patria, adquieran aquella preparación intelectual y moral que la moderna técnica exige.

Quiero por tanto, en unos cuantos artículos, destacar los diversos aspectos que esta necesidad médico-misionera tiene en sí, y empieza a exigir de nosotros.

En su rudeza natural no hubieran podido comprender, a primera vista, la existencia de otros bienes más altos. ¡Tanto nos cuesta a nosotros mismos! ¡Somos tan humanos y miramos tanto a la tierra! Jesús despertaba en ellos el reconocimiento de sus corazones y el sentimiento de su poder y sabiduría celestiales. «Y quedaron atónitos, tanto que se preguntaban unos a otros: ¿qué nueva doctrina es esta? El manda con imperio aún a los espíritus inmundos y le obedecen.» (Mar. I, 27.) Y en otra parte la más cautiva admiración: «Todo lo ha hecho bien, ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos.» (Mar. 7, 37.)

Y como al sentimiento sigue la acción, y aquél, según Ribot, es el motor esencial de la voluntad — lo que al menos podemos afirmar tratándose de multitudes —, se sigue que no repararan en seguir a tal profeta por caminos desérticos, hasta tres días de sus casas.

Allí estaban los ciegos, paralíticos y sordos. Allí sus familiares y amigos. Allí todos escuchando del Maestro aquellas palabras de vida eterna. Porque no olvidemos que la medicina considerada por Cristo como un bien que podía ejercitarse en todo tiempo, aun en día de sábado, quedaba relegada a segundo plano, si con ello podía menoscabarse la gloria divina o ser llevados a error sus discípulos, a los que había venido a enseñar que, ante todo, eran las almas.

UNA OBJECION. — Pero como próximos a terminar este artículo, alguien pudiera objetarnos, que siendo así que el poder sobrenatural de Cristo, no podía separarse y todas sus curaciones eran milagrosas, en nada viene al caso este ejemplo, en un estudio humano de la medicina misional. A este tal le decimos, en primer lugar, fuera de no perderse la pedagogía del Evangelio, que a la santidad se le reserva por boca del mismo

La Encíclica "Evangelii Praecones" y la medicina Misional

Ya que la alteza de miras debe guiarnos siempre, que se eleve nuestro espíritu y se mueva nuestra voluntad, con el ejemplo de

JESUCRISTO MISIONERO-MEDICO

Que Cristo enclava a la perfección el título que le damos, no podrá dudarle quien presume saber algo de su vida. ¿Quién no ha oído hablar alguna vez de la hemorroisa, del sordomudo, y de tantos otros, leprosos y paralíticos, de que nos hablan los Evangelios?

Y si es una de tantas hermosuras de estos libros sagrados el polifacetismo de que aparece revestida la figura del Redentor, permitidme que yo escoga hoy, como atrevido comentarista, este aspecto de Jesucristo, el más lleno y el más florido: Misionero-Médico.

Todo son citas de los evangelistas. Misionero, porque El es el enviado del Padre, y su comida no es otra que la de hacer la voluntad de Aquel que le envió y dar cumplimiento a su obra. (Joan. IV, 34.) Por eso nada de inquietudes apostólicas cuando esa comida fué: servir a San José y a la Virgen en la casita de Nazaret. Médico, decimos, porque misionero ya quiere decir médico del espíritu. Pero médico, además, de los cuerpos, porque El, profundo conocedor del corazón humano, vió en la medicina el mejor medio para ganar las almas.

Aquella multitud ruda, pero buena, se dejaba pronto ganar de la suave invitación de la palabra de Jesús en agradecimiento a un buen físico. Quede, pues, notado, que este seguimiento, como nos dice San Marcos (III, 8-10), se debía más bien a las curaciones que hacía que a los atractivos y emanaciones divinas de su persona «en gran multitud vinieron a verle, oyendo las cosas que hacía...», pues curando, como curaba, echábanse a porfía encima de El, a fin de tocarle todos los que tenían males».

Jesucristo ese carisma: «Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios, dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido.» (Matt. 10, 8.)

Y en cuanto a aquellas palabras: ¿quién es éste para perdonar los pecados?, que tantas veces le dijeron a Jesucristo, por suponer poder sobrenatural, también se las pueden decir los mismos incrédulos a los sacerdotes misioneros. En esto son iguales a Jesucristo. En esto son mayores que los ángeles.

Pero el que sus curaciones hayan de ser milagrosas, no se sigue en los medios ordinarios de la Providencia. Muchas veces bastan los medios humanos o se necesitan indispensablemente. Jesús, sin embargo, ayuda a los misioneros y aquél que como la hemorroisa ha gastado toda su hacienda en médicos, y aun está peor, es curado con sencillos remedios. Ejemplo: San Antonio María Claret, con aquellas hierbas y cocimientos, no ocultaba su humildad, si el don de milagros, reservado como hemos dicho antes, a la santidad.

Las palabras anteriormente citadas de nuestro Santísimo Padre Pío XII urgiendo la capacitación médica, adelantada a los tiempos de formación misionera, vienen en apoyo de nuestra aserción.

Terminamos con estas otras palabras de la citada Encíclica: «Estas instituciones (se refiere a los hospitales, leproserías, dispensarios, asilos, casas de maternidad), que Nos parecen las más hermosas flores del jardín en que trabajan los sembradores de palabra evangélica, ponen ante los ojos de todos, la imagen del Divino Redentor, el cual fué haciendo beneficios por todas partes por donde pasó, y curando a todos.» (Act. X, 38.)

A. LLORENTE, C.M.F.
Asociación Misional Claretiana
Zafra



Y VINIERON LOS REYES...

I

Nació el Niño Dios.

Los ángeles con boca de luz cantaron a los pastorcitos del valle el Gloria a Dios en las alturas y paz...

Una estrella miró a los que junto a la hoguera contaban lo que en Belén había sucedido y se fué hacia el Oriente. Sus primeros rayos se encariñaron del corazón de unos magos y les hizo en el cielo la profética señal.

Entendieron y obedecieron. Los reyes de Tharsis, de Arabia y Sabá pusieronse en marcha. Caminaron largas jornadas por entre la arena sedienta. Iban los tres juntos, cuando no en fila. Melchor era el primero, Gaspar venía en pos, luego Baltasar.

Toparon finalmente con el oasis del viaje, con el jardín bañado de la luz divina: la tierra que mana leche y miel. Allí se apearon. En su descenso el choque de la pedrería y el sisear de sus sedas turbaron la paz de Jerusalén.

—¿Dónde ha nacido el Rey de los Judíos?

Y una voz angustiosa, eco de otras voces contestó:

—En Belén de Judá.

II

La casita más sencilla, la del prado sonriente y el cerco rústico en torno, era la que la estrella iluminaba. El día no tenía prisa por despertar. Fragancias de lirios y azucenas flotaban en el aire. La caravana se acercó a Belén.

El lujo oriental de los viajeros hizo abrir

las ventanas y recibió más de una mirada de ojos medio adormilados.

Baltasar se apeó el primero y dió dos golpes tímidos en la puerta de oloroso cedro y alabeadas hendiduras. Abrió José e hizo ¡chist! con el gesto. Jesús dormía aún en su cunita. Los magos recogieron sus mantos y entraron de puntillas. Junto a la cuna estaba la Virgen Madre. Les hizo una seña; juntos los tres miraron ese pedacito de lo escondido del cielo, bañado en esta carne mortal. Le cercaba una aureola blanca, fina como una brisa. Abrió sus ojitos y en las almas de los Magos la fe dió su fruto. Cayeron de rodillas, mezclaron sus frentes con el polvo, le ofrecieron oro, incienso y mirra...

III

Dormían tranquilos los reyes. Un ángel diáfano atravesó en un instante la distancia que no existe en la tierra y les dijo los intentos de Herodes.

Al despertar los tres coincidían en lo mismo. Había que partir.

Después del adiós al Niño, a José y a la Virgen marcharon por otro camino. Llevaban sus mentes ungidas por el óleo santo; se les había confiado una nueva y difícil misión.

Cuando los soldados del rey homicida hicieron llorar a Belén ya estaban lejos, muy lejos. Por el camino de la costa un rayo de luna dibujó por última vez las tres siluetas. Los guiaba un joven vestido de blanco...

TOMAS PENA ARREGUI, S. J.

Las campanas de Nagasaki



El Japón cuenta con 2,300 salones de cine; en sus butacas se sientan anualmente 682 millones de espectadores; por sus taquillas giran 41,000 millones de yenes (unas 410.000.000 de pesetas)... No hay duda de que el cine ejerce un influjo poderoso en las multitudes. Películas como «Juana de Arco», «Las llaves del Reino», «Siguiendo mi camino», han acercado a la verdadera Iglesia a un buen número de japoneses. El «film» que hoy resumimos, uno de los mejores que se han rodado en 1950, cautivó sin precedentes al alma japonesa. «Nagasaki no kane» («Las campanas de Nagasaki»), es la primera película católica realizada en estudios japoneses.

La compañía «Shochiku» ha rodado un film que si no es propiamente religioso, es ciertamente católico. Nagasaki es una ciudad de la isla de Kyushu en donde el cristianismo arraigó vigorosamente cuando fué predicado, hace 400 años, por San Francisco Javier. Aún hoy día, Nagasaki, y toda la isla de Kyushu, es considerado en el Japón como el baluarte del cristianismo; de hecho los cristianos son numerosos e influyentes; en sus familias se fraguan abundantes vocaciones hacia la vida sacerdotal y religiosa... Y desde el fin de la guerra, juntamente con Hiroshima, gozan la triste celebridad de ser las «ciudades atomizadas».

El film está inspirado en varios escritos del doctor Takashi Nagai, católico, profesor en la Universidad de Nagasaki. Dos libros fueron utilizados principalmente, el uno con el mismo título de la película y el otro llamado «Rosario no kusari» («La cadena del Rosario»). Son los libros que el profesor Nagai escribió después del desastre atómico de Nagasaki en el cual perdió a su mujer y el mismo fué herido gravemente; contienen las memorias de su vida de estudiante, de profesor, de soldado, etc. El doctor Nagai no es católico desde su infancia; recibió el bautismo cuando ya enseñaba en la Universidad. El protagonista que vive todavía, en su cama de enfermo, de la que no puede levantarse nunca, escribió estas dos obras; en 1945 los especialistas diagnosticaron sobre su enfermedad —provocada por sus estu-

dios sobre las irradiaciones atómicas y agravada por la misma bomba que destruyó la ciudad de Nagasaki— que sólo le quedaban tres años de vida.

No es posible hablar de una trama o enlace verdadero y propio en «Nagasaki no kane»; se trata del desenvolvimiento de una vida bastante ordinaria, en nada tumultuosa, más rica de escenas conmovedoras que preparan y siguen a la conversión del protagonista y que culmina con la explosión de la bomba atómica cuando la muerte, trágicamente burlona, respeta a él —preso ya de una enfermedad cruel— y arranca de su lado a aquélla a la cual él debía su conversión.

El film comienza con el día en que el joven Nagai celebra con sus compañeros su licenciatura universitaria. En aquel entonces habitaba, como huésped, en casa de una familia católica y se impresionó y admiró vivamente con el fervor con que esta gente rogaba «todo el día» como se expresaba él. Hija única de esta familia era «Midori», la cual apreciaba al joven laureado por su seriedad, desacostumbrada en un pagano, y por su asiduidad en el estudio. Marina, nombre cristiano de «Midori», rogaba con frecuencia en secreto para obtener su conversión.

La noche de Navidad de 1937 logró persuadirle que le acompañara a la Misa de Medianoche. De esta manera Nagai entró por vez primera en una iglesia católica. La magnificencia de los ritos y en particular algunas frases pronunciadas por el viejo sacerdote en su sermón, ahondaron profundamente en su alma: «Bienaventurados los humildes porque de ellos es el Reino de los Cielos; Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos VERAN a Dios; La Fe ilumina estos corazones.»

Mas en aquellos días se inicia la guerra con China y el joven doctor debe partir como médico militar. Antes de la partida «Midori» le regala un precioso jersey que ella misma ha confeccionado; mas al abrir el paquete en que iba envuelto el regalo, se encuentra también con un pequeño libro...

—¿Qué es eso? — le pregunta.

—Es un catecismo; si tú tienes el cuidado de hojearlo cuando estés lejos y sólo, yo seré feliz.

Aunque ya hablamos en nuestro número de julio de esta sensacional película, brevemente, completamos nuestra información con el siguiente reportaje para nuestra revista.

—Muchas gracias, concluye Nagai; ciertamente lo haré como deseas.

En el frente, Nagai, estudia el catecismo y medita sobre la miseria humana y los horrores de la guerra. Cuando regresa a su patria, su espíritu está ya preparado; unas conversaciones con el misionero y se disipan las últimas dificultades. Entretanto reingresa en el hospital en donde ya antes trabajaba como especialista en Radioterapia y se dedicaba a investigaciones atómicas. No tarda en venir el matrimonio con «Midori», la enseñanza en la Universidad y por último la guerra.

Es entonces, cuando examinándose a sí mismo con los rayos «X» descubre que se encuentra atacado de una fuerte manifestación de leucemia. Los médicos le dan pocos años de vida:

—«Sea todo para gloria de Dios»—, concluye ante su esposa que llora inconsolable; mas el pensamiento en sus dos hijos permanecerá siempre triste delante de él. La guerra se recrudece; las incursiones aéreas son más frecuentes que los primeros días; los niños son enviados al campo a casa de unos lejanos parientes. Nagai cumple con más asiduidad que nunca con su deber.

9 de agosto de 1945. Al amanecer, el profesor se dirige hacia el hospital. Han sonado ya las sirenas de alarma; regresa a su casa a recoger su «bento» que había olvidado; su esposa se preparaba ya para llevarse...



—Como siempre — dice Nagai, que por lo visto era un tanto olvidadizo.

—Sí; no hay manera de curar esa enfermedad — responde sonriendo «Midori».

Era la última conversación; poco después sale de nuevo hacia el hospital. Una hora más tarde, la bomba atómica sepulta en sus propias ruinas a la ciudad entera.

Nagai, que se encontraba en el hospital, construido de cemento armado, salvó la vida. Al punto corre a su casa en busca de «Midori». Pero su casa está reducida a un pequeño montón de humeantes cenizas; y entre ellas, la voz de «Midori» no responde a las angustiosas llamadas del doctor. Y el duro destino de su mujer le es revelado por algo que él ve brillar entre los tizones aun calientes que se encontraban en el sitio donde había estado la cocina: era el crucifijo del Rosario que su mujer tenía casi siempre en las manos durante aquellos espantosos días.

Los niños habían prometido ir a visitar a su madre el domingo siguiente. Los dos

huerfanitos se espantan al ver a su padre solo y herido por todas partes.

—¿Y mamá?, ¿dónde está mamá?...

—Mamá — responde el padre mostrando el pequeño crucifijo del Rosario — Mamá, ha marchado al Paraíso...!

Y abraza fuertemente en su pecho a los pobres inocentes.

El film termina cuando las campanas de Nagasaki, de la iglesia, convertida en un montón de ruinas, anuncian a la ciudad atormentada el triunfo de San Francisco Javier. Oraciones y cánticos que se levantan de peregrinos llegados de todo el Japón y de todo el mundo, para venerar la reliquia del brazo de San Francisco Javier recién llegada de Roma. El doctor Nagai, en su lecho de dolor, escucha y ora.

...Y no han faltado paganos japoneses que al presenciar un film como éste hayan pedido con insistencia: «Haced, haced muchas películas como ésta».

«Takusan tsukutte kudasai!»



La crisis mundial y las Misiones

La actual crisis religioso-social repercute sobre el inmenso campo misionero, creando las más complejas y delicadas situaciones. Semejante estado podría deducirse de varias señales.

La guerra y la postguerra han causado gran número de bajas en el personal asiático; en China la persecución, más o menos abierta, está destruyendo parte del trabajo pasado, paralizando toda iniciada actividad de propaganda. La inestabilidad política general impide en Corea, en el Viet-Nam, en Indonesia, toda eficaz empresa. En Africa se hace cada vez más urgente el envío de numerosos misioneros para hacer frente al progreso musulmán, protestante, comunista, y para la asistencia religiosa de trece millones de católicos. Gravísimo es el problema del personal en el Japón, en donde la proporción es de un misionero por cien mil infieles. Por todas partes pueblos en agitación, buscando un sistema que resuelva todas sus inconstancias y satisfaga los deseos de una evolución en la línea del patrimonio nacional.

Se requiere que la Iglesia intervenga oportunamente con fuerzas lozanas, numerosas, bien preparadas. Pero, ¿cómo puede ser esto, si la «base misionera» sufre gran crisis espiritual; si en las naciones católicas la Iglesia es combatida, perseguida, obligada, por decirlo así, a una ininterrumpida lucha defensiva; si todo el mundo puede llamarse país de misiones? ¿En dónde encontrar el personal y los medios para responder a los apremios que llegan desde misiones, cuando muy cerca de nosotros crece el número de los no bautizados, faltan los sacerdotes, impónense cada día nuevas iniciativas?

Las preguntas son graves, y varias veces han influido, más o menos desfavorablemente, en la propaganda misional de estos últimos años.

¿Se deberá entonces concluir que la Iglesia debe concentrarse en una táctica defensiva, que no tiene en sí energías suficientes para atacar en primera línea y resolver el gravísimo apremio misionero de hoy?

Notemos con todo, según lo que escribe José Peters en su «Eglise vivante», que la mayor crisis por la cual ha atravesado la humanidad, la actual, no ha paralizado el arrojo misionero, como había sucedido a fines del siglo XVIII con la Revolución Francesa.

Sin embargo, el mundo misionero, en medio de dificultades sin cuento, está siempre lleno de una vida ardiente, de un alto espíritu de sacrificio, con una base ideológica en gran manera profundizada y un método sumamente seguro, con una propaganda especializada que abarca en el movimiento de cooperación, centenares de millares de católicos.

Todo esto se despliega con la concentración de las fuerzas internas de la Iglesia, favorecida por la posición de lucha, con la unión del centro de la cristiandad de quien parten normas muy precisas, y también con la aportación de la joven ciencia de las misiones, que ha contribuido a crear una teología y una conciencia misional, ricas en ideas y motivos sobrenaturales.

Esto no obstante, la situación misionera es, humanamente

hablando, insoluble. La conversión de un mundo, en donde el exceso del aumento anual de los infieles se eleva a diez millones sobre los cristianos, constituye un misterio tal, que solamente lo podemos referir a la infinita sabiduría y bondad de Dios.

Hay empero todavía, sobre un plano humano, algunos elementos de solución, que debemos procurar fortalecer por parte nuestra.

Las palabras dirigidas por León XIII al seminario de Kandy (Ceilán): «Fili tui, India, ministri tibi salutis», significan que en un futuro más o menos lejano, la vieja base misional será aliviada de sus responsabilidades misioneras. Europa y América no tienen la exclusiva en la conversión del mundo. No se debe pensar que la cooperación de personal y dinero vaya a durar eternamente. Asia convertirá a Asia y Africa a Africa, de modo que los misioneros sean fieles a la finalidad específica de todo su trabajo: la fundación de una Iglesia indígena, estable y segura. Lo que hoy hace por las misiones América del Norte, insiendiendo desde hace 70 ó 100 años en la organización católica, lo podrá realizar mañana Africa.

Es indispensable, empero, el poner a los países de misiones en condiciones de aumento y desarrollo. Y para llegar a la autosuficiencia, queda aún inmenso camino por recorrer.

El problema más urgente es siempre el del personal. ¿Podrían aportar una poderosa ayuda los distintos Institutos seculares, orientados en sentido misional, erigidos estos últimos años? La utilidad de los seglares extranjeros como colaboradores del misionero es innegable en tantos sectores de la cultura moderna, especialmente de la medicina; antes, parece más natural, que el trabajo propiamente misional deba ser desarrollado por seglares indígenas. Las asociaciones del laicado misionero, que encuentran en la presente necesidad económica un apoyo natural, dan prueba de un idealismo elevado, mas chocan contra, frecuentes dificultades. Necesitaríase favorecerlas con ingentes sumas, las cuales, al decir de los hechos, parece más útil utilizarse para la formación de sacerdotes misioneros.

Los principales responsables de la conversión del mundo son —ayer como hoy— los Institutos misioneros que alimenta (o surten) con personal y medios los territorios de misiones. Ayudar a las misiones significa promover lo más posible el desenvolvimiento de estos Institutos, favorecerles a resolver la crisis de vocaciones y de medios, de todos los cuales pueden carecer en estos momentos.

Los misioneros deben estar preparados según las direcciones tantas veces promulgadas por los últimos Romanos Pontífices y por la Propaganda, especialmente por lo que se refiere a su formación intelectual. Ha transcurrido ya el tiempo (o debería haber transcurrido) en el que uno se creía poder utilizar para las misiones a quien no daba resultado en la patria. Esta idea ha sido siempre falsa, y el apostolado misionero se ha resentido más de una vez, pero hoy afortunadamente ya ha desaparecido.

La multiplicación de las vocaciones y de los medios se funda,

U. S. A. Importante Documento de la Jerarquía Eclesiástica Norteamericana

Copiamos de la Prensa del día 20 de noviembre las siguientes líneas:

«La misma suerte que corrió el Imperio Romano — advierte la Jerarquía — será seguida por los Estados Unidos si no despertamos al peligro que nos amenaza no sólo de fuera, sino desde dentro».

«De nada nos servirá el dominio sobre las cosas materiales si perdemos el dominio sobre nosotros mismos — agrega —, y dirigiéndose a los empleados públicos les amonesta: «Aquellos que han sido seleccionados para administrar a sus semejantes, no lo han sido para que se enriquezcan a sí mismos, sino para que sirvan a la comunidad».

«Es falso creer que el público no espera de sus administradores una conducta guiada por el honor, y suponer que en política todo está permitido... Robar de una caja privada no es más contrario a la ley de Dios que aprovecharse de los fondos públicos en beneficio propio».

«Las mentiras, difamaciones e injurias con que los servidores públicos atacan a sus adversarios políticos es contrario a los Mandamientos de la Ley de Dios, aseveran los cardenales y arzobispos, rematando su homilía sobre las costumbres para volver hacia el tema de la educación. «La educación y la moral son inseparables. La formación del carácter es parte del proceso educativo, y el carácter no puede ser moldeado sin enseñar a los niños lo que está bien y lo que está mal. No hay Estado alguno, ni comunidad o grupo de pedagogos que en aras de la conveniencia pueda prescindir de las verdades inherentes al orden moral», exponen los arzobispos y car-



NOCHE DE NAVIDAD

Bella y clara es Noche Buena,
Y cuán dulce el repicar
De las alegres campanas,
Cuando se va a celebrar,
A la mitad de la noche
La Misa de Navidad,
Mientras brillan las estrellas
Y acude la cristiandad,
A los templos y santuarios
De una y otra nación,
Y las grandes catedrales,
Como a la humilde Misión;
Porque nuestra Santa Iglesia
Con el máximo esplendor
Celebra con alegría
La Navidad del Señor;
De Jesús Bien Infinito
Que siendo Dios Inmortal
Nació en un pobre pesebre
Para salvar al mortal.
Se debe pues vasallaje
Todo el mundo al Redentor;
Pidámosle en Noche Buena
Con grande fervor y amor,
Mande muchos operarios
Puesto que es grande la miés,
Y la humanidad entera
Rendida caiga a sus pies.

L. C.

denales, poniendo en la picota uno de los más peligrosos vicios de la vida y en otros aspectos excelente educación norteamericana moderna, para a continuación sentar una tesis en manifiesta hostilidad con la superstición de la democracia mecánica, según la cual basta con que la mayoría quiera una cosa para que reciba la sanción de la legitimidad.

«Los valores morales no pueden ser determinados ni fijados por la regla de la mayoría.»

Hace escaso tiempo que la Iglesia dio a la publicidad este documento que, dentro del marasmo y la confusión provocados en Norteamérica por el sentimiento de defraudación que substituyó a las ilusiones de la victoria, tiene el carácter de un faro y está llamado a ejercer profundas repercusiones. Más tarde, al documento sobre los peligros de la corrupción, la inmoralidad y el materialismo interiores ha seguido un nuevo documento, engendrado en la misma reunión anual de las Jerarquías, sobre la insensibilidad e indiferencia con que grandes sectores de la opinión pública contemplan la persecución de que la Iglesia está siendo víctima al otro lado del «telón de acero», desde la China a Polonia —entre telones— y en Yugoslavia.

«Estamos asombrados — dicen los cardenales y arzobispos de la Iglesia en los Estados Unidos — de la manera con que los periódicos cierran los ojos a los sufrimientos y al martirio de la Iglesia en todos los países marxistas o que se encuentran sometidos a Rusia.»

Extractado de «La Vanguardia Española».

LA CRISIS MUNDIAL Y LAS MISIONES

en último término, sobre una renovación del sentido universalístico en el pueblo cristiano, sobre una educación que sea católica en toda la extensión del vocablo.

Muchos todavía de la masa popular, no conocen las misiones y, consiguientemente, muchos no asumen su deber de colaborar espiritualmente y materialmente a la extensión del Reino de Dios.

No sirve el llamar en propia causa necesidades locales o multiplicidad de iniciativas. El verdadero motivo es la falta de una conciencia universal, totalmente desinteresada, altruística.

Necesítase además que la obra misional sea hecha conocer por los sacerdotes en toda su realidad, parte esencial de un Cristianismo auténtico, que tiende por su constitución a la conquista de todo el universo. Una Iglesia que renuncie, por cualquier motivo, a la realización de las primeras peticiones del «Padrenuestro», no es la Iglesia universal querida por el Fundador. Limitarse a una posición de defensa, es entregarse al acoso y empeorar la situación. La crisis religiosa de tantas zonas, débese a una atmósfera anémica, egoísta y acomodada, falta del espíritu desinteresado y apostólico del Evangelio.

La idea misionera podrá también servir como uno de los medios para suscitar en la nación de cada cual un renacimiento de vida cristiana. Las misiones aseguran la totalidad del apostolado, sea en la reconquista de lo perdido próximo a nosotros,

sea en la conquista de aquellos que yacen aún bajo la sombra del paganismo.

Así afronta la Iglesia en nuestros días sus responsabilidades misioneras: intensificando su trabajo en las naciones católicas, multiplica las iniciativas en pro de los pueblos de Ella alejados. De aquí que puede ser fiel a la misión que le ha sido comisionada. Y lo será siempre, si sabe conducir a todos sus hijos a un Cristianismo más desinteresado y conquistador.

El mundo vuélvese cada vez más pequeño. Las manifestaciones de la vida civil económico-política repercuten casi contemporáneamente sobre toda la faz de la tierra. El problema misional ha entrado en el juego de esta interdependencia nacional y continental. Sería, en efecto, sumamente fácil, demostrar que nosotros podíamos superar mucho más fácilmente nuestra crisis europea, si pudiéramos contar con fuertes núcleos de católicos en Asia y en África.

El trabajo misionero consistía antes para muchos cristianos en algo facultativo que se podía hacer, o bien omitir, «ad libitum». Quien pensara hoy así, daría prueba no sólo de no haber entendido el Cristianismo, sino también de ignorar las exigencias del propio tiempo.

WALTER GARDINI

(De «L'Osservatore Romano».)

El Corazón de María, Fátima y Lucía

por el

P. M. Pereira, familiar de la vidente.

Para nadie son nuevas estas palabras. Nadie ignora que Lucía ha sido la escogida para ser la evangelista del Inmaculado Corazón de María, que Fátima y la devoción al Corazón Inmaculado, son una misma cosa. Oigamos el relato:

Era el 13 de junio de 1917. La Virgen se aparecía por segunda vez a los tres pastorcillos. Tras la súplica de Lucía de que lleve a los tres al cielo, la Virgen le replica:

—Si, a Jacinta y Francisco, vendré a llevármelos pronto; pero tú, empero, debes permanecer aquí abajo más tiempo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. Al que la abraza, le prometo la salvación. Tales almas serán predestinadas de Dios, como flores puestas por Mí ante su divino Trono.

—¿Debo quedarme yo sola?

—No, hija; no te abandonaré jamás. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios.

Es en la tercera de las apariciones en donde más predomina el mensaje del Corazón de María.

—H.éis visto el infierno a dónde van a parar las almas de los pobres pecadores. Para salvarlos, el Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. Si se hiciere lo que diré, muchas almas se salvarán y vendrá la paz. «LA GUERRA ESTA PARA TERMINAR, PERO SI NO CESAN DE OFENDER AL SEÑOR NO PASARA MUCHO TIEMPO, EN EL PROXIMO PONTIFICADO EMPEZARA OTRA PEOR; PARA IMPEDIR ESTO, VENDRE A PEDIR LA CONSAGRACION DEL MUNDO A MI CORAZON y LA COMUNION REPARADORA EN LOS PRIMEROS SABADOS DE MES. Si fueren atendidas mis súplicas, Rusia se convertirá y habrá paz. De otra suerte, una propaganda impía difundirá por el mundo sus errores suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia, muchos buenos serán martirizados y el Padre Santo tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas...» AL FIN MI CORAZON INMACULADO TRIUNFARA».

Tan grabadas quedaron las palabras en la mente de Jacinta, que no hacía más que repetir a Lucía momentos antes de morir:

—Ya me falta poco para irme al cielo. Tú permaneces aquí abajo para hacer saber que el Señor quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando debieres hablar de ello, no te ocultes. Di a todos que Dios nos concede sus gracias por medio del Corazón Inmaculado de María; que las pidan a Ella, que el



Corazón de Jesús quiere ser honrado juntamente con su Corazón divino, que pidan la paz al Inmaculado Corazón de María porque el Señor se la ha confiado a Ella...

Fué el 10 de diciembre de 1925 cuando otra vez se le aparecía la Virgen a Lucía y le pedía la reparación y la consagración a su Corazón. La Virgen mostraba su Corazón envuelto con espinas y Jesús en los brazos de su Madre, señalándolo, exhortaba a la vidente a tener compasión de aquel Corazón martirizado continuamente por las ingratitudes humanas sin que haya quién

lo consuele con actos de desagravios. Entonces la Virgen añadió: «Mira hija mía, mi Corazón rodeado de espinas con que los hombres ingratos en todo instante lo atraviesan con sus blasfemias e ingratitudes. Tú a lo menos procura consolarme; anuncia en mi nombre que «PROMETO ASISTIR EN LA HORA DE LA MUERTE CON LAS GRACIAS PARA LA SALVACION A TODOS LOS QUE EL PRIMER SABADO DE CINCO MESES SEGUIDOS RECIBIEREN LA SAGRADA COMUNION, REZAREN LA TERCERA PARTE DEL ROSARIO Y ME HICIEREN COMPANIA DURANTE 15 MINUTOS MEDITANDO EN LOS MISTERIOS DEL ROSARIO, CON EL FIN DE DESAGRAVIARME.»

Carívidente aparece esta trabazón que existe entre Fátima, Lucía y el Corazón Inmaculado de María. Por eso Lucía, como evangelizadora de María, ha querido retransmitirnos no sólo el mensaje, sino que hubiese querido también darnos a la misma Señora tal cual ella la vio. Con aquella mirada dulce y llena de tristeza al mismo tiempo, con aquella modestia encantadora, con aquella blancura de pureza que brillaba en aumento. Y esto es lo que ella ha querido hacer al presentar hoy al mundo, la imagen que reproducimos del Inmaculado Corazón de María. Esta fué hecha por el mismo autor que hizo la original de Fátima y dirigida personalmente por la vidente. Ella encarna, según expresión de Lucía, el verdadero mensaje de Fátima, asemejándose cual ninguna a lo que ella vio en la realidad. Esta imagen fué hecha para su profesión solemne, y fué puesta a la pública veneración en la Catedral de Lisboa. En la actualidad se venera en la casa religiosa en donde vive la vidente de Fátima, Lucía. Tal vez más de una vez habrá vuelto la Virgen a hablar a la vidente bajo la expresión bondadosa de esta imagen. Ella ha propuesto y el asunto está en la actualidad en Roma, que la Virgen de Fátima, ostente sobre su pecho el Corazón, ya que las apariciones de Fátima no tienen otra razón de ser, que el dar a conocer al mundo entero la devoción al Corazón de María.

M. PEREIRA, S. J.
(Misionero de Zambeza)



**AÑO
NUEVO,
VIDA
NUEVA!**



SUGERENCIAS

por Dom Benito Tapia Renedo.
Monje Benedictino.

La noche vieja moría en el ambiente dolorido de un sanatorio provinciano. Las doce campanadas del reloj central cayeron en el silencio de los corredores con el ritmo sordo de las paletadas de tierra arrojadas sobre un ataúd.

Allá, en una sala retirada del cuarto piso, tendido sobre mísero camastro, respiraba angustiosamente un hombre en la plenitud de su vida, pero convertido por una tisis galopante en despojos de vejez prematura. Tenía unos cuarenta años, y sobre la palidez cadavérica de su semblante, resaltaban unas manchas sangrientas, amoratadas entonces. Su respiración era a veces tan fatigosa, que semejaba el extor de la agonía. El corazón adquiría un ritmo acelerado, cual reloj que gasta su cuerda rota.

Las doce campanadas le despertan de su letargo. Se incorpora penosamente, deja el lecho y se acerca a la ventana. Fuera la quietud de una noche glacial, serena y transparente. Sobre el cristal aterciopelado del cielo, reverberos de estrellas. La tierra silenciosa envuelta en un manto de nieve y recibiendo de cara el beso de la luna.

El pobre enfermo medita junto a la ventana. Con mirada de dolores contempla esta paz inmensa de la naturaleza: paz de un Dios que se complace en proyectar su paz sobre las criaturas; reflejo de aquella otra paz íntima que anidó en su alma en días inolvidables y que ¡ya no volverán!

Era el hijo único, la esperanza de un hogar cristiano. Su padre le colocó por primera vez en el camino de la vida una mañana espléndida de mayo. Quería hacerle algo más que él; quería hacerle sabio y le envió a la Universidad. Entonces era bueno y amaba sus deberes religiosos. Caminaba por la senda apacible de la virtud y del cumplimiento del deber diario, con el alma dilatada y la esperanza puesta en el cielo de un porvenir de ilusiones...

Pero un día —arrastrado por otros camaradas libertinos— sintió tentaciones de probar la fruta prohibida y se lanzó en la vorágine de una voluptuosidad desenfrenada. El camino en que esperaba encontrar la

felicidad le precipitó arteramente en el abismo. Los escándalos de su vida de vicio llegaron hasta el hogar paterno. El dolor y la vergüenza llevaron en breve al sepulcro a aquellos que le dieron el ser.

Desde entonces fué el hombre más desgraciado del mundo. Rompió todas las barreras del pundonor. Su ansia de placer se hacía cada día más voraz, y de abismo en abismo, de lodazal en lodazal, vino a caer en aquel camastro con el alma envilecida y el cuerpo hecho una piltrafa.

Vive sin esperanza, en espera de la muerte y hacia ella



camina a pasos agigantados, contemplando, con horror, que su único bagaje es una enjambre alborotada de placeres criminales.

Al comenzar el año nuevo, quizás no exista entre los mortales un corazón tan lacerado, ni un alma tan sola en su inmenso dolor.

Como espectros de visión macabra se clavan en su memoria los días borrascosos de su juventud, y, al clavarse, una pena amarga, muy amarga, se le mete alma adentro y se quiebra en este sollozo desgarrador:

—¡Oh!... ¡Si pudiera desandar mi camino! ¡Si pudiera volver a los años de mi niñez, a los días de mi juventud!...

—¡Padre mío, vuelve a mi lado y orientame de nuevo en la senda de la vida! ¡Madre de mi alma, vuelve a mecarme en tu regazo, para que allí aprenda otra vez a amar a Dios! ¡Madre mía, vuelve a mi lado que tu hijo está solo, muy solo y se muere solo!

«¡Madre mía, vuelve a mi lado! —repetía el infeliz enfermo—; y una pena amarga y una angustia tristísima nacía en su corazón y crecía y subía en lágrimas hasta sus ojos, como en las mareas del mar las olas saladas. ¡Era el remordimiento!

Pero su queja sollozante se perdió, sin respuesta, en el silencio de la fría noche invernal.

A los pocos días, reconciliado con su Dios, agonizaba en el olvido de su camastro.

Ungidas manos sacerdotales cerraban con ternura de madre sus ojos vidriados.

II

Como este enfermo desahuciado todos, al comenzar el año 1952, instintivamente lanzamos desde la atalaya de nuestro espíritu una mirada nostálgica y retrospectiva al caudal de aguas huidizas, que se pierden allá en la lontananza gris de los recuerdos y de las añoranzas.

Los 365 días del año que acaba se han ido esfumando paulatina y constantemente. Cayeron cual pétalos de rosa, cual hojas marchitas, incapaces de asimilar sabia vital.

Cayeron una a una en plena primavera: eran las alegrías.

Cayeron una a una en otoño, en invierno: eran lutos y amarguras.

Y al remontar el cauce del año ya pasado, sentimos una voz íntima que nos llora y que nos canta en el secreto de nuestra conciencia.

Llora con amargo reproche aquel tesoro de tiempo estérilmente perdido, aquellos afanes fibriles tras la sombra fugitiva de la riqueza y del placer, aquella infidelidad constante al propio deber, aquellas claudicaciones en las exigencias que Dios y nuestro destino eterno nos imponen, aquellas derrotas vergonzosas y decisivas de nuestros apetitos desordenados.

Y la voz nos llora justiciera:

«Perdí el tiempo en ilusiones;
perdí el tiempo en vanidades.
Esclavo de mis pasiones,
me llené de iniquidades.»

Y la misma voz nos canta gozosa aquellas victorias sobre el propio capricho, aquellas aguas de la mortificación arrojadas sobre las llamas de la tentación, aquella caridad abnegada con el prójimo en todas las manifestaciones de la vida diaria...

Pero la voz del lloro ahoga a la del canto, porque las claudicaciones han sido más reiteradas que las victorias, y las derrotas más numerosas que los triunfos.

III

Comenzamos un nuevo año, una tregua que Dios, cual padre amoroso, nos concede para redimir nuestras faltas.

Es un tesoro con el que podemos comparar nuestra felicidad eterna y también la temporal de los que nos rodean y a quienes en justicia y en caridad se la debemos.

Sepamos aprovecharle con esa sagaz prudencia cristiana, con esa cautela que nos enseña el Apóstol San Pablo: *Redimiendo nuestro tiempo* —porque los tiempos son malos— *con el exacto cumplimiento de la voluntad de Dios.*

Aprovechémosle bien porque es muy corto:

Hoy ayer era mañana; hoy mañana será ayer.

O como dijo Ricardo León:

«Todo, todo se va, todo resbala,
y es sólo una burbuja el pensamiento;
nota fugaz en la infinita escala
de los sonidos, el temblor de un ala
sobre la muda soledad del viento.»

La vida es demasiado corta para perder de ella la menor parte; es demasiado seria para ocuparla en pequeñeces, sin dar todo el tiempo que requiere la preparación de la eternidad.

IV

Realmente todos en la sinceridad de nuestra conciencia nos vemos precisados a exclamar con el poeta:

«Sólo tengo el no tener
las horas que ayer viví.
Lo que hoy de ayer discurrí
diré mañana, si soy;
pero tan incierto estoy
de que mañana seré,
que quizás no lo diré
por haberme muerto hoy.»

Sí, nos podemos morir. Damos cuerda al reloj, y seguirá andando durante veinticuatro horas; no sabemos si andará tanto nuestro corazón.

¡Quién pudiera dar cuerda de un día para otro a este reloj que llevamos dentro del pecho!

No todos los que comienzan el presente año lo terminarán.

¿Le terminarás tú?...

Ultima multis, forsam tibi: «Esta hora es la última para muchos; quizás sea para ti» —dice lacónicamente la inscripción del reloj de sol de la abadía de Silos.

Vulnerant omnes, ultima necat.

«Todas las horas te hieren, la última te mata» —leemos en otro reloj antiguo.

Sí, nos podemos morir. Diariamente mueren en el mundo, prescindiendo de guerras, unas 150.000 personas. Esto significa que se da una mortalidad de 6.250 hombres por hora, unos 100 por minuto, y 1 ó 2 por segundo.

Podría suceder que en uno de esos momentos del día o de la noche en que mueren 100 hombres, fueses tú uno de ellos.

V

En realidad la vida humana es muy breve. El presente, por risueño que parezca, está atacado siempre de una enfermedad incurable: el porvenir.

El acompasado e inalterable tic-tac del tiempo deshoja hoy las alegrías de ayer, seca mañana las lágrimas de hoy. Su regularidad trascurre fugaz para el que goza, lenta para el que sufre, terrible e inexorable para el que piensa que a su compás se va acercando la muerte.

Es condición de las cosas humanas, marchitarse, envejecer, desaparecer.

Vivimos en un continuo olvidar y en un continuo morir. Y este olvidar y este morir se refleja en nuestro propio ser y en la naturaleza que nos rodea.

En primavera todo es luz, todo es lozanía y ansia de nacer. Viene el otoño y las hojas se caen y el cielo se cubre de tristeza de sombras. La tierra se diría un enfermo decrepito, un



Saura



anciano agotado; en invierno ese enfermo es cadáver en detritus de putrefacción.

Vivimos olvidando. Vivimos muriendo.

El niño se hace joven: el joven se convierte en hombre maduro y el hombre maduro resbala insensiblemente hacia la vejez, y la vejez cae indefectiblemente en el sepulcro.

Y nosotros, para engañarnos, para olvidar este morir y este pasar: decimos. Tengo 15 años, tengo 30 años, tengo 50 años. ¡Infeliz!... ¡Qué vas a tener! Esos 30, esos 50 años son los que no tienes. Los que te faltan de tu vida y que ya no vivirás.

Son posesión de la muerte, y de los que no te queda nada, sino es las buenas o malas obras que en ese tiempo hayas hecho.

VI

¡Sí, la vida es muy corta!...

Es un manjar de agri dulce sabor.

«Es aroma de flor y es pasión de mujer; es un breve placer que trasciende a pesar, de un ocase de sol el sutil fenecer, el ligero temblor de una estrella en el mar.»

¡Qué breve es la vida humana!...

Generalmente suele contarse 30 años para una generación. Una cuarta parte de los niños mueren antes de los 7 años; la mitad no alcanza los 17. Entre 10 hombres uno cumple los 70, y de cada 500 uno los 80.

Reflexionemos ante estas cifras pavorosas, exponentes de una realidad infalible a la que todos, queramos o no, tendremos que someternos.

«¡Querer y no poder!... Esto es la vida de la cuna al sepulcro resumida. Así fué, no será de otra manera diga el orgullo humano lo que quiera.»

No podemos torcer el curso del tiempo, pero sí rectificarlo y fructificarlo.

Muerte y vida: paciencia y heroísmo, són a la luz de lo inmortal lo mismo.

¡Saber vivir es arte de paciencia; pero saber morir, ciencia de gloria.

VII

Este año nuevo, cuyo umbral pisamos, bajo el opaco prisma humano se nos presenta como una esfinge impenetrable, hierática. Pero bajo las luminosidades de la fe, es un ángel alborozado, que revolotea sobre el cielo diáfano de nuestra vida, la mirada recogida en actitud de resignación, imponiendo silencio con su mano de nieve a las pasiones y a los acontecimientos, mientras rocía nuestra alma con la lluvia de la gracia.

Estas actitudes reverenciales del ángel de la vida, nos revelan nuestro programa de renovación en el año que comienza.

Alegría interior, que nazca de la oración y del sacrificio y aflore al exterior en obras de caridad.

Silencio a todo lo que no es Dios ni nos conduce a Dios.

Fidelidad constante a las inspiraciones de la gracia.

VIII

¡Año nuevo: vida nueva!...

Saludemos la alborada del nuevo año con un jubiloso «DEOGRACIAS», en el que vaya prendida, al mismo tiempo, la más ferviente plegaria y el más firme de los propósitos.

Vivamos todos los días del nuevo año como si en cada instante fuéramos a morir.

Vivit christianus ut aliquando moriturus; moritur ut semper vivatur.

«Vive el cristiano como quien ha de morir algún día; y muere como quien ha de vivir para siempre.»

Así reza un famoso epitafio de las catacumbas.



LOS FAKIRES

por Alberto Lallemand, S. J.

(Conclusión).

Traducido por F. Fenoll

Esta unificación se produce gradualmente. Al principio, la contemplación se detiene en las cosas del mundo grosero; después ella misma va percibiendo el estado sutil. Poco a poco, el alma se vacía de todo contenido intelectual distinto, pero guarda un sentimiento de profunda felicidad. Aun este mismo sentimiento acaba por desaparecer para no dejar lugar más que a la vocación más simple del «yo soy», noción de individualización que es la más tenaz y la mayor posesión del alma.

8º Poco a poco este sentimiento de la existencia, esta noción del «yo soy» se desvanece, el yogi se torna inconsciente. Las impresiones paradas, los residuos anteriores son destruidos y los gérmenes de existencia futura son aniquilados. Evidentemente, es imposible describir este estado de inconsciencia, pero se puede dar una sugerencia del mismo por comparaciones, por imágenes más o menos felices: roca inquebrantable en la tempestad, llama que arde sin vacilar, etc., etc.

Pero ¿qué adviene al alma salvada? La respuesta varía según los matices filosóficos de los ascetas. Según los fieles a la escuela del Yoga, el alma vive en ella misma, distinta de Dios, sin sufrir y sin gozar, es luz y luz tanto más pura por cuanto no alumbra nada; el alma es simplemente. Según otros, ganados para sí por el panteísmo, el alma es absorbida en el alma universal, en una absorción de la inteligencia y el amor. Los monoteístas, en fin, dice que se pierde en Dios en una unión inefable.

Mas si los sabios del ascetismo dicen verdad y si para la concentración liberadora no se necesitan más que dos horas y puede lograrse después de seis meses de noviciado, ¿cómo el yogi no muere cuando en ella está? Se salva, responden, pero las vidas anteriores han comenzado a dar sus frutos y todos los residuos deben ser consumidos; como la rueda del alfarero que sigue dando vueltas después de terminado el vaso. Por lo menos los acontecimientos no harán ya presa en él y nada podrá condenarle a un nuevo nacimiento: todo pasa sobre él como el agua por la flor de loto, sin mojarla.

Su percepción se ha afinado con este volteo intelectual y se apodera del estado sutil de los seres, es decir, su estado pasado y futuro; obra sin apego ni deseo y es libre de todo deber tanto como de toda pasión.

Se ha colocado debajo de todo pecado y si debe abstenerse de cometerlos es con el solo escrúpulo de comprometer los resultados adquiridos. Su empresa sobre las fuerzas naturales es maravillosa; puede convertirse en invisible y penetrar en la piedra, puede agigantarse hasta tocar la luna, puede viajar sobre un

rayo de sol, etc. Pero los manuales del Yoga real le recomiendan no hacer uso de estos poderes mágicos; el Yo

ga los ha cargado de energías misteriosas y el milagro sería como la chispa que descargan los cuerpos eléctricos.

¡Excelente subterfugio!

Mas otras escuelas son menos prudentes que esta del Raja-Yoga, y el Hátha-Yoga (Yoga del esfuerzo) se distingue entre todas por su realismo grosero: filosofía incoherente, filosofía caprichosa y preocupaciones terrestres le dan carácter.

La purificación de los sentidos se obtiene de un modo miserablemente realista: larga tira de tela que resbala desde la boca hasta el estómago, cordón que se introduce por una ventana de la nariz y vuelve a salir por la boca, etc., etc.

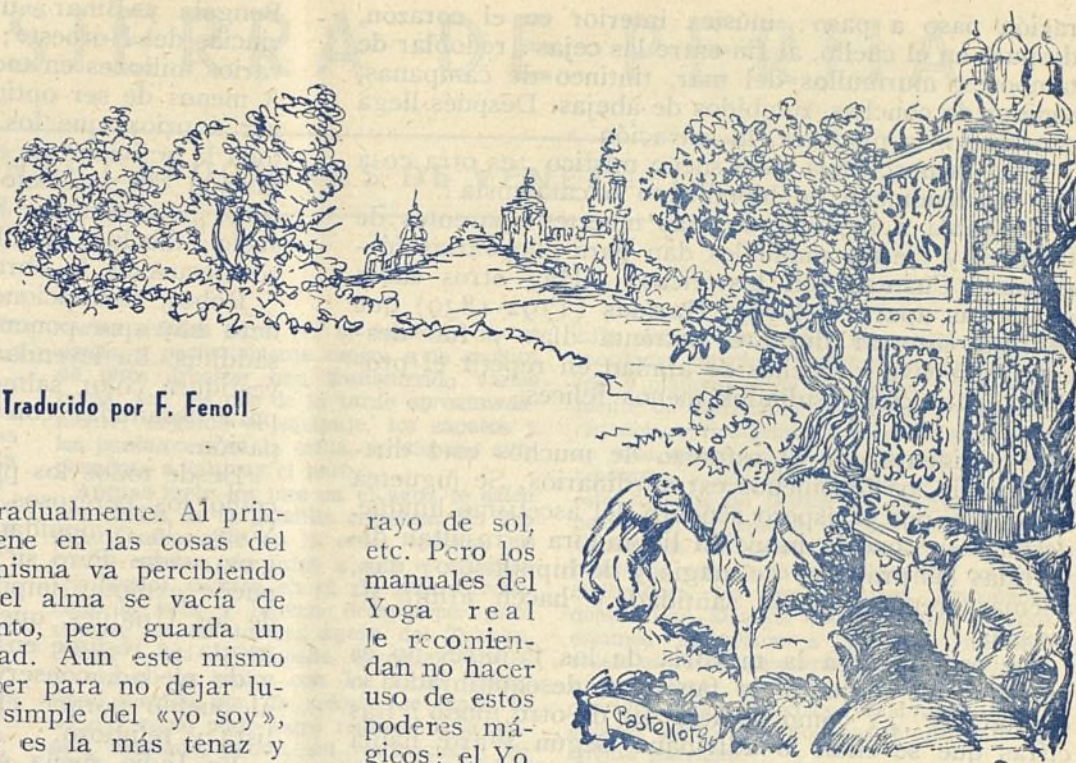
Aún en el dominio de la respiración ocupa el primer lugar. «Existe para el sabio un ejercicio superior: apretando la punta de la lengua contra el paladar y suprimiendo la palabra, la inteligencia y el aliento, contempla el Brahman, que por la arteria que se eleva del corazón interrumpida en medio del paladar y abastecido el paso de aire vital, se asocia el alimento al OM (símbolo místico), al sentido interior que reprime los sentidos y que, infinito, contempla el infinito, se desindividualiza de tal modo que perdiendo todo sentimiento de gozo y felicidad, espera la unidad absoluta.»

Para facilitar esta gimnasia, cortaos el hilo de la lengua, alargadla hasta que alcance la base de la nariz, replegadla en la entrada de la faringe e impedid toda comunicación entre la garganta y las fosas nasales. Una salivación abundante se produce; dejad que este suco místico impregne vuestro cuerpo y podréis desafiar la mordedura de las serpientes; os convertiréis en grandes, vigorosos, valientes.

Esta clase de ejercicios no pueden menos de influir en la actividad de los pulmones y del corazón, envenenar la sangre y provocar mareos cerebrales. Todas las maravillas contadas por estos degenerados del ascetismo no son más que simple charlatanismo.

Fenómenos visuales: coloraciones blancas, negras, morenas, azules, rojas... son al decir de ellos, los rayos del alma.

Fenómenos auditivos sobre todo siguen la libe-



ración paso a paso: música interior en el corazón, después en el cuello, al fin entre las cejas: redoblar de tambores, murmullos del mar, tintineo de campanas, sonidos de conchas, zumbidos de abejas. Después llega el silencio, la modorra, la salvación.

Esta inconsciencia, este sueño místico ¿es otra cosa que un fenómeno de hipnotismo o catalepsia?

Se habla a menudo de esas muertes aparentes de faquires y ciertos manuales dan para ello varias fórmulas. ¿Cuántas son históricas? ¿Hay otros casos auténticos aparte del yogi Haridas (1792-1839) que se hizo enterrar durante cuarenta días y fué desenterrado vivo? Muchos se afanan en repetir el prodigio, pero con resultados menos felices.

Es evidente que el esfuerzo de muchos está dirigido hacia los fenómenos extraordinarios. Se juguetea a menudo por el áspero sendero del ascetismo hindú, después se pone la intuición liberadora y resultan divertidas las prácticas de magia y de hipnotismo; dan, además, reputación de santidad y hacen afluir limosnas.

De esta manera la mayoría de los faquires no es más que un conjunto de fanáticos, desequilibrados o charlatanes. ¿Y cómo pudiera ser de otro modo? Las cifras que se citan lo adivinan: Según Ward, había un mendigo religioso por cada ocho habitantes en

Bengala y Bihar; uno por cada veinte en las provincias del Noroeste; los censos oficiales los cifran en varios millones en toda la India (5.200.000 en 1901). A menos de ser optimista en extremo se puede adivinar a priori que los ejercicios ascéticos no absorben toda la actividad de esta muchedumbre. La desintelectuación del intelecto no está siempre tan avanzada como para esfumar las preocupaciones más a ras del suelo; muchos de ellos tienen que volver a comenzar con frecuencia la obra de la liberación.

Robos, corrupciones y otras fechorías de todo género hay que poner a menudo en la cuenta de los saddhus. La leyenda y la historia nos enseñan que la vestidura color salmón es una desfiguración favorita para desanudar con éxito una intriga de amor y de pasión.

Desde todos los puntos de vista es de lamentar ver como los perezosos y los bribones se alistan en el Yoga: la comunidad india pierde y el ascetismo no gana nada. Pero su mismo número demuestra que se puede explotar impunemente el sentimiento religioso de los Hindúes, que así es de universal y tenaz; el asceta se resume en una predicación viviente de ideal y de piedad, conserva siempre su prestigio y fascina al pueblo porque el pueblo es profundamente idealista y religioso.

La India sueña siempre con Dios.

A la sombra del boabab, Mapuyi sueña con los ojos absortos, sumidos en la lejanía. Se le pasan así las horas, los días enteros. ¿En qué piensa este recio muchachote negro, cuando todos sus otros compañeros han encontrado ya en su camino el amor?

La hermanita blanca le pregunta:

—Mapuyi, ¿qué piensas?

El se le ha quedado mirando indeciso. Por fin, responde:

—Quiero ser sacerdote.

Sor Inocencia sabe bien que eso no es un fugaz capricho. Y desde aquel día Mapuyi es el más puntual.

Mas, ¡ay!, las ilusiones no se realizan tan fácilmente. Un día, Mapuyi tuvo que abandonar la escuela.

—Ahora, seguramente me llevarán al Seminario —pensaba.

Pero el Seminario no tenía ya becas. Ni la madre de Mapuyi, viuda y pobre, disponía de las sesenta libras esterlinas que hacían falta para su pensión... ¿Dónde encontrarlas?

Iría a las minas de oro de Yohannesburg, y allí, donde tantos encontraron la muerte del alma, él ahorraría, penique tras penique, para lograr un día la gozosa gloria de llegar a sacerdote.

Han pasado tres años. Mapuyi terminó su contrato en la mina de oro, y ahora echa una mirada a su pasado en aquel subterráneo infernal. Los cabellos se le erizan al evocar el calor tórrido, la atmósfera pesante de los pozos, el aire mefítico que le roía los pulmones, las conversaciones endiabladas, la humedad penetrante, las paredes viscosas, el agobiante vapor que empapaba todo. Y la trepidación estrepitosa de la perforadora para los cartuchos de dinamita, los malos tratos de los negreros inhumanos, la bestialidad



ASI ERA MAPUYI

de tantos compañeros embrutecidos por el alcohol y los más burdos placeres...

Pero todo se acabó: fatigas, seducciones, peligros, tiranías.

Y Mapuyi posee ya sesenta libras, fruto de sudoroso trabajo y esperanza de su ilusión.

Se fué a Mariannhill. Helo, demudado y trémulo, en el locutorio.

—Padre, quiero ser sacerdote. Me dijeron que hacían falta sesenta libras; aquí las tiene. Me han costado largos años, he aguantado el hambre, la fatiga, los insultos; trabajé como un forzado. Pero yo soy dichoso.

El Padre escuchaba con emoción profunda. ¡Qué hermosa su vocación!

Pero... una angustia súbita le traspasó el alma al reparar en el rostro ceniciento de Mapuyi, y en su respiración corta y penosa.

—Habrá que consultar al médico...

El doctor confirmó los temores del Padre. No había afrontado impunemente el infero de la mina. Una tisis incurable se

agarraba a su pecho y le destrozaba los pulmones. ¡Cómo le costó al Padre dar a Mapuyi la terrible noticia! Comenzó con insinuaciones... Pero el enfermo lo adivinó al punto. Se echó a temblar. Con la mano sobre la boca ahogó un hondo sollozo.

—¡Ya me lo temía, Padre! La tos me abrumaba; por la noche, sudores fríos... Me lo temía, pero aún no había perdido la esperanza.

—Mapuyi, hijo mío, nadie sabe lo que Dios te tiene preparado. Guarda tu dinero, compra un terreno junto a la Misión; te harán una casita. Cerca de nosotros podrás llevar una vida reposada y confortante.

—No, Padre. No he trabajado para eso tres años en las minas. Yo quería ser sacerdote, y para eso ahorré mis sesenta libras. ¡Ah, si las hubiera tenido hace tres años!

Padre, ¿no habrá algún negro que esté en mi caso? Tome este dinero para él. Yo ya no lo necesito. Que él ocupe mi plaza. Yo me vuelvo a las minas. Que muera aquí o allá nada importa. Y, en cambio, si yo vivo algunos años, colmaré mis ilusiones, y en vez de un sacerdote, Dios me concederá que sean dos los que lleguen al altar.

Y Mapuyi, el café bueno, ha vuelto a las minas de Yohannesbrug.

Han pasado meses. Su mirada es más apagada, su aspecto más demacrado, su respiración más corta y fatigosa.

Día a día siente cómo el mal va aniquilando sus fuerzas.

—¡Oh, Dios mío — dice con fervor —, que todavía me faltan cinco libras! ¡Detened al ángel de la muerte! ¡Señor, que con cinco libras más yo podré tener mi segundo sacerdote...!

ARN. THIED, de las Misiones Africanas.

DE LA SIERRA DE PERIJA

MISIONES CAPUCHINAS DE VENEZUELA

NOTICIAS DEL TUKUKU. — TRAGEDIA EN IRAPA. — FLECHAMIENTO FRUSTADO

El descanso dominical del 26 de agosto último, transcurrido en la más completa calma, está terminando; las nubes negras y amenazadoras avanzan rápidamente; la tormenta, acompañada de fuertes descargas eléctricas, se aproxima; a los extraños ruidos de la selva misteriosa, se mezclan voces, gritos y el ronco sonido de un cuerpo — instrumento éste usado por los indígenas para llamar a los «chicheos» —.

¿Qué sucede en las vecinas rancherías Tukukeñas...? ¿Habrán regresado los indios huidos a la selva hace mes y medio...? Escuchamos detenidamente las voces y el griterío que se va acercando; la pequeña planta eléctrica del Centro Misional no se pone en marcha por precaución.

Aprovechando la oscuridad de la noche, cautelosamente les salimos al encuentro; escondidos entre la maleza contigua al sendero por donde pasarán forzosamente los revoltosos, esperamos impacientes y nerviosos para proceder rápidamente al desarme si es necesario...

El M. R. P. Saturnino, desafiando el peligro, se adelanta unos metros para impedir que los agitadores lleguen al Centro Misional... Con palabras entrecortadas, voz temblorosa y en mal lenguaje bilingüe, un indio dice al misionero — que trata de impedirle el paso — estas palabras: «¡Papsi, indios toriyapsi mucha cabeza maluca, nigua amichara kapuchina tueka; Padre, indios borracho mucho, decir ahorita matar capuchinos». Este indio que así nos hablaba venía huyendo con la «mamita» (esposa) e hijos de un rancho Tukukeño, donde habían celebrado un «chicheo»; la tuka o «chicha» se les subió a la cabeza, y en ese estado de embriaguez proyectan la matanza de los misioneros.

Desgraciadamente, celebran con frecuencia esta clase de «chicheos», terminando con resultados funestos: cabezas rotas, flechamientos, robos, etc. El 1 de julio del año en curso, aprovechando la oscuridad de la noche, suben a «Yaperusi», el rancho irapeño más próximo a la Misión; sus pacíficos moradores descansan tranquilamente recostados en el suelo sobre unas esteras, cuando manos criminales traidoramente asesinan a flechazos a un anciano, a su «mamita» (esposa), y a su niño de unos tres o cuatro años, dejando además a la madre de éste gravemente herida.

Este horrendo crimen nos lo relató minuciosamente un indígena refugiado en la Misión la noche del 26 de agosto. Creíamos que sería imposible descubrir sus autores, pero últimamente hemos sabido que fueron los cabecillas del Tukuku, los mismos que en varias ocasiones han perturbado la paz y han cometido muchos hechos delictuosos.

La noche del 26 al 27 de agosto llueve torrencialmente; las aguas del río Tukuku bajan impetuosas, — arrastrando árboles, piedras y todo lo que se presenta delante. Un criollo colombiano, trabajador del Centro Misional, ansioso de llevar la plata ganada a sus cinco hijitos, sale de madrugada para Machiques; el río le detiene; coloca

varias señales para ver el descenso de las aguas, y pacientemente espera a la sombra de unos árboles; han transcurrido varias horas; son las dos de la tarde aproximadamente; dejando el equipaje, los zapatos y los pantalones en la orilla, se dispone simplemente a tantear el paso.

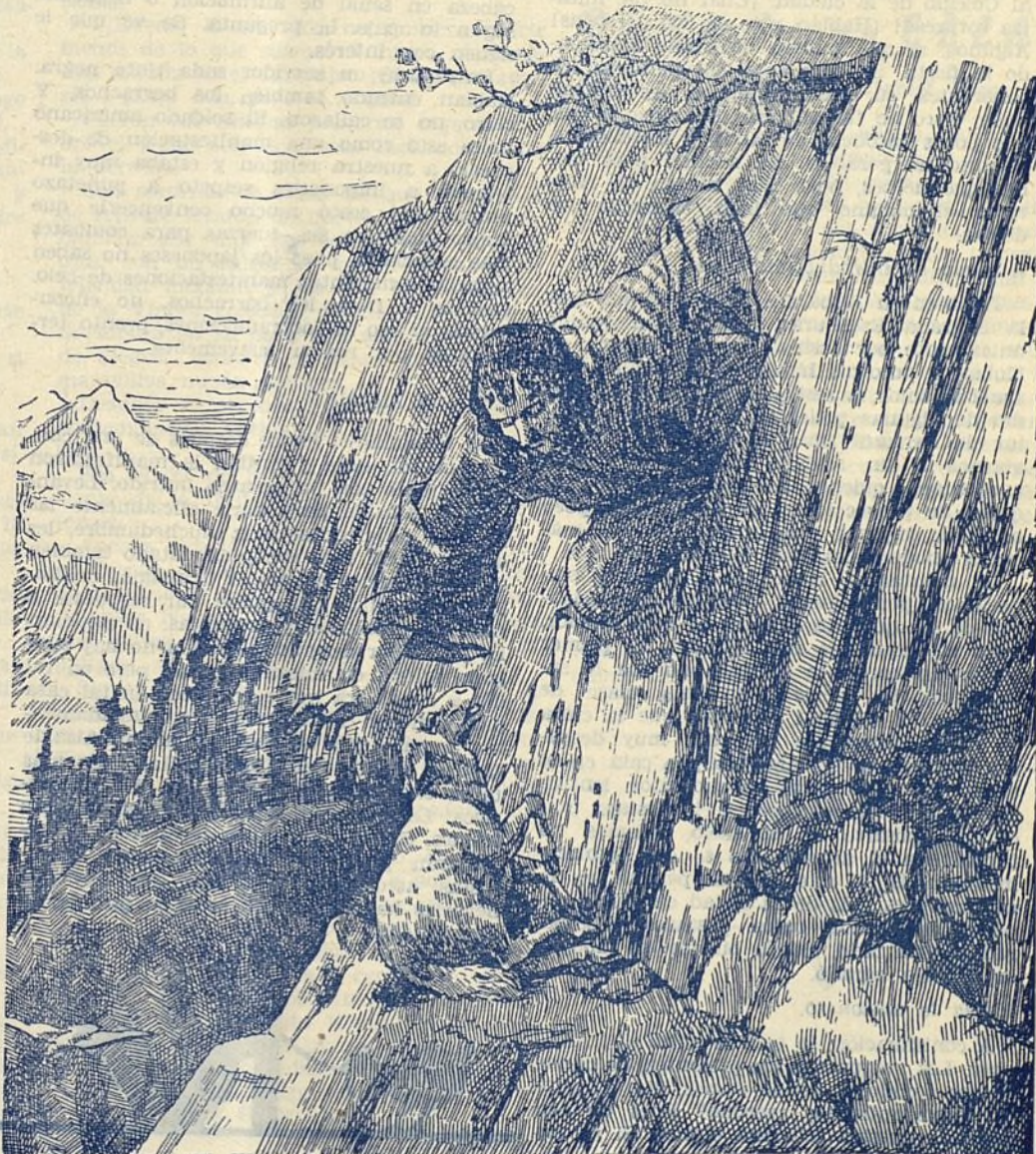
Apenas mete los pies en el agua le salen tres indios de la pandilla revoltosa del Tukuku, emboscados en la orilla opuesta, los cuales esperan sin prisa a que el «guatia» (civilizado) entrase en el río para arrebatárle la vida y hacerle desaparecer para siempre en las turbias aguas del Tukuku. Héctor — así se llamaba el colombiano — al ver a los indios con los arcos tensos, como movido por un resorte, se lanzó al suelo y como pudo logró regresar a la Misión, asustado, pálido, sin respiración... Se salvó milagrosamente.

La vida del misionero capuchino de la Misión de Tukuku está pendiente de un

hilo, siempre expuesta a las temibles flechas motilonas. Muchas personas — aún cristianas y piadosas — de Machiques y principalmente de Maracaibo, nos aconsejan con insistencia que dejemos a estos salvajes vivir su vida primitiva, la que vivieron sus antepasados y nos alejemos del peligro; pero esta manera de pensar ni es humana, ni patriótica, ni mucho menos cristiana. Dos misioneros de este Centro Misional han rubricado con su sangre la magna empresa civilizadora en que estamos empeñados desde hace algunos años, y otros muchos estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas, si fuere necesario, para proseguir la misma obra evangelizadora de nuestros queridos indios «Yukpas» y «Motilones», por quienes como por nosotros murió nuestro Divino Salvador.

Fr. Marcos de YUDEGO

Misionero de «Los Angeles del Tukuku».





La Fiesta de la Juventud en el pueblo de Kuba

Los oficiales de Kuba nos invitaron. Ellos se encargarían de buscar una sala, hacer propaganda, etc. Y a nosotros nos tocaría hablar sobre nuestra fe. ¡Huelga decir que aceptamos!

Los asistentes

El día escogido fué la fiesta de la juventud, a mediados de enero. Al llegar el P. Kircher y un servidor, a Kuba, nos recibieron con toda solemnidad en la entrada del pueblo, llevándonos casi en triunfo al Colegio de la ciudad. ¡Cuál no fué nuestra sorpresa! ¡Habían más de 300 personas! Algunos, sí que habían celebrado demasiado la fiesta. Su cara roja, sus palabras incoherentes, su andar inseguro, les traicionaba. Pero no fueron más que cinco o seis. Los pocos católicos de Kuba y alrededores, ¡cuánto no gozaban! Se sentían poco menos que héroes, pues ellos habían ya recorrido el camino que iban buscando los demás.

A modo de introducción: cine.

También en Kuba fué verdad lo que dice la Sagrada Escritura: «No habían venido únicamente por Jesús». No hay cine en Kuba. Y nosotros habíamos prometido que suavizaríamos la sesión un poquito por medio de algunas películas. El Capellán militar de Iwakuni tuvo la delicadeza de enviarnos a un soldado americano y otro australiano, quienes armados con una máquina de proyecciones, se presentaron poco antes de empezar el acto. Trajeron una máquina modernísima, estupenda!

La montamos. Reunimos a todos y empezamos por algunas películas humorísticas de dibujo para suscitar el buen humor. Pero he aquí que nos llevamos el primer susto: La corriente eléctrica no fué lo suficientemente fuerte para esta clase de máquina. Y de aquí resultaba que la cinta se movía solamente despacio, muy despacio. Cuando, p. ej., algún objeto caía en el suelo, describía unos movimientos lentísimos y muy raros, como si le costara muchísimo posarse en el suelo. Además no funcionaba el altavoz. No se oía absolutamente nada. Y esto en una película en la cual a veces más de la mitad de efecto depende de ruiditos raros. ¡Estamos desesperados! Con todo, siendo buenos los dibujos, la película agradó.

Habla le misionero.

A continuación, le tocó el turno al P. Kircher. Les pregunta a los presentes, de dónde hemos venido, a dónde vamos, etc. Pregunta importantísima, ¿verdad? Pues de ella depende nuestra felicidad eterna. Si no sa-

bemos contestarla, hay peligro de que no alcancemos nuestro último fin.

Además, diariamente tropezamos con nuestra flaqueza. Cometemos faltas, pecados. Sentimos que no somos tales cuales deberíamos ser. Desearíamos librarnos de las mismas; desearíamos obtener perdón de los pecados. Pero ¿cómo? ¿Dónde? La Iglesia nos lo enseñará. Hay que estudiar nuestra fe para dar con la verdadera respuesta.

Habla el Padre con mucha soltura y unción. Llega a cautivar el auditorio. La gente casi contesta a sus preguntas. Mueven la cabeza en señal de afirmación o negación, según lo exija la pregunta. Se ve que le siguen con interés.

Entretanto un servidor suda tinta negra. Habían entrado también los borrachos. Y claro, no se callaron. El soldado americano tomó esto como una manifestación de desprecio a nuestra religión y estaba muy inclinado a imponerles respeto a puñetazo limpio. Me costó mucho convencerle que mejor guardara sus fuerzas para combates más esenciales, pues los japoneses no saben apreciar semejantes manifestaciones de celo. Gracias a Dios, los borrachos, no encontrando ni eco ni contradicciones, pronto terminaron por roncar suavemente.

Habla el Alcalde

Al terminar el Padre después de una conferencia de hora y media, le manifestaron su contento con un aplauso nutrido. Levantóse el Alcalde para darle oficialmente las gracias; dirigiéndose a la muchedumbre, les dijo: «Habéis oído y experimentado también que necesitamos religión. Y la religión cristiana es la única que puede dar respuesta a nuestros problemas y preguntas. ¡A estudiarla, pues! Por desgracia, todavía no hay ninguna iglesia en nuestra ciudad, pero en tal día a cual hora nos reuniremos en tal casa para conocer esta creencia más detalladamente». Jamás había oído hablar a ningún Alcalde japonés de semejante modo! Hablando más tarde en particular con él, me dió los motivos: La juventud ya no posee los antiguos ideales. Si no encuentran otros nuevos, terminarán por hacerse materialistas, comunistas, ateos, inmorales. Por esto hay que llevarles hacia la única solución posible: la fe cristiana.



A ver si el Sr. Alcalde saca la consecuencia de dar buen ejemplo, estudiando él mismo, el primero, nuestra creencia!

Otra vez cine

Queriendo obtener el desquite, habíamos buscado entretanto un transformador. Casi nos damos un salto de alegría, cuando la máquina empieza a correr. Corre mucho más de prisa y además se perciben algunos ruiditos que con buena voluntad se pueden llamar música. Mas de repente se funde un plomo. Dura diez minutos hasta que hayan colocado otro. Apenas se pone en movimiento la máquina, me llaman la atención a que el transformador está echando humo... Lo quitamos, volviendo cabizbajos al cine lento y mudo de antaño.

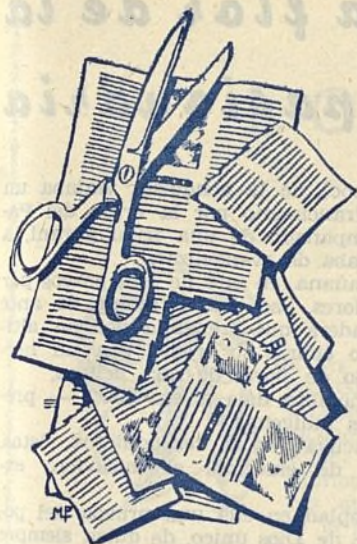
Versa la película sobre el Santo Sacrificio de la Misa. Una monjita lo está explicando en la Escuela. Ya que no se entienden sus palabras, se le ocurre al P. Kircher dar él mismo la explicación en japonés. Pero no es esto tan fácil como uno se imagina. Se asoma, p. ej., desde el bosque virgen una cara, llena de envidia. ¿En qué lo reconocerá inmediatamente como Cain quien está acechando a su hermano Abel? O si aparece un patriarca digno con barba luenga, levantando las manos con gestos orientales hacia lo alto del cielo, ¿cómo se dará en seguida cuenta de que es Abraham? Pero lo peor, sin duda, es la buena monjita. Una vez que aparezca en la pantalla, ya no hay quien la saque. Sigue hablando, hablando, hablando con movimientos lentos de los labios, nada más...

Terminada la primera parte después de unos 45 minutos, decidimos suprimir la segunda, anunciando, en cambio, otra humorística sobre Santa Claus. Mientras colocamos la cinta en la máquina, el P. Kircher explica el contenido. Apagamos la luz. Aparece Santa Claus saludándonos y riéndose a carcajadas. De repente, a media carcajada, se para. Aparece un claro que va aumentando rápidamente; la cinta está quemándose. Nos damos por vencidos. Salieron los japoneses con la cortesía y resignación que les es propia en semejantes ocasiones...

Conclusión

El efecto inmediato fué un grupo nuevo de catecúmenos. Otro segundo se está formando. Se vendieron muchos libros católicos, que a su vez irán despertando el interés en nuestra fe. Por favor, una oración para que la semilla crezca, produciendo abundante cosecha!

HUBERT SCHICK, S.J.



Selección



¿Es hoy mi muerte?

El 29 de septiembre de 1897, desde las primeras horas de la mañana, un estertor parecía presagiar el fin de la Hna. Teresa del Niño Jesús, en el Convento Carmelita de Lisieux.

Hacia mediodía dijo la moribunda a la Priora:

—Madre, ¿es esto la agonía? ¿Qué tengo que hacer para tener una santa muerte?...

Se le leyó en francés el oficio de San Miguel Arcángel, y las preces de los agonizantes. Hizo el médico su visita ordinaria, y después de irse, preguntó Teresa a la Madre María de Gonzaga:

—¿Es hoy mi muerte, Madre?

—Sí —respondió la Priora.

—Hoy tendrá gozo el Señor en recibirte en el cielo —añadieron sus Hermanas.

—Y yo también, exclamó ella, ¡ah!, si muriera pronto, ¡qué felicidad!

Algunas horas más tarde exclamó:

—¡Ay, que recen por mí! ¡Si supieran cuánto sufro!... Y añadió: ¡Sí, Dios mío!, ¡sí, todo lo acepto!

Mirando a la Virgen de la sonrisa, aquella que en su infancia con su mirada la curó milagrosamente, le dijo juntando las manos:

—¡Me he encomendado a Ella con todo fervor!... ¡Pero esto es una agonía en todo su rigor, sin mezcla alguna de consuelo!...

Y luego, dirigiéndose a la Madre Priora:

—¡Ay! Madre: le aseguro que el cáliz está bien lleno hasta los bordes.

Y añadía en un momento de filial abandono en Dios:

—¡Sí, Dios mío, todo, todo lo que quiero: pero ten piedad de mí!

Hacia las tres de ese día 30 de septiembre, abrió sus brazos en forma de cruz, y la Madre María de Gonzaga puso en sus rodillas una imagen de la Virgen del Carmen. La enferma la miró un instante y dijo:

—¡Oh, Madre, presénteme en seguida a la Santísima Virgen! ¡Prepáreme a bien morir!

La inocente y dulce Teresa que tantas veces se había ofrecido a Dios como hostia de propiciación para la salvación de los pecadores, tuvo entonces algunos suspiros de admiración.

—¡No hubiera creído nunca que tuviera que sufrir tanto!... ¡Nunca, nunca! No puedo explicarme esto más que por el deseo ardiente que he tenido siempre de salvar almas.

Hacia las cinco tuvo la Santa una sonrisa para cada una de sus Hermanas, y luego quedó absorta en la contemplación del Crucifijo.

Durante dos horas un estertor cruel le rasgó el pecho. Temblaban todos sus miembros, y el sudor caía a hilos por la cara y bañábase todo su cuerpo, en tal abundancia, que pronto quedaron empapadas las frazadas y el colchón.

Hacia las siete parecía quedarse en estado estacionario. Entonces, moribunda, volviéndose hacia su Madre Priora, le dijo:

—Pero, Madre, ¿no es esto la agonía? ¿No voy a morir ya?

—Sí, hija mía; esto es la agonía; pero el Señor tal vez quiere prolongarla algunas horas.

—¡Bueno, bueno! Yo no quisiera sufrir menos de lo que sufro... Y luego, clavando una mirada en el Crucifijo: ¡Oh!... ¡Le amo, sí!... ¡Dios mío, yo... te... amo!

Fueron sus últimas palabras, cayendo sobre el lecho con la cabeza inclinada hacia la derecha.

Con sorpresa de todas las que la rodean, de repente levanta de nuevo la cabeza como llamada por una voz misteriosa; abre los ojos, con un fulgor de paz celestial y de felicidad inefable, y los fija en la estatua de la Virgen colocada delante de la cama. Se dibuja en su cara una admiración llena de alegría, como si estuviera presenciando maravillas nunca soñadas.

Después de algunos minutos de silenciosa contemplación, vuelve a caer la cabeza, y expira.

Era el 30 de septiembre de 1897, a las siete de la tarde. Tenía 24 años y nueve meses.

Apenas exhaló el último suspiro, se vio su frente nimbada de un reflejo celestial. Se la vistió de su Santo Hábito; se la coronó de rosas blancas y se le puso en la mano una palma, que, después de 13 años de sepultura, se encontró intacta en la caja.

Según costumbre en el Carmelo, se la colocó delante de la reja del coro, con la cara descubierta hasta el día del entierro. Todo el mundo quería hacer tocar a su cuerpo virginal rosarios, medallas, crucifijos y otros objetos de piedad, comenzando entonces su «Lluvia de Rosas».

En sus exequias un nutrido círculo de sacerdotes oraba en la capilla a aquella que admirablemente había orado en vida y enseñado a orar por los sacerdotes.

Un modesto acompañamiento escoltó a la humilde Carmelita hasta el cementerio, como correspondía a una pobre monja, separada del mundo hacía tanto tiempo, y sin más exterioridades que las preces y bendiciones litúrgicas acostumbradas, quedó el cuerpo virginal de Teresa reputado en el terreno reservado a las Carmelitas.

El escaso público que presenció la ceremonia se retiró persuadido de que la misión terrestre de Teresa había terminado. Pero pocos días después se colocó una cruz de madera sobre la tumba, en la que se leían, después del nombre de Sor Teresa del Niño Jesús, estas misteriosas palabras: «Quiero pasar mi cielo haciendo el bien sobre la tierra.»

Este anuncio, que se empezó a cumplir inmediatamente, iba a convertir aquel humilde montón de tierra lleno de rosas y azucenas, en el centro de reunión del mundo, para ruegos y acciones de gracias.

(De «El Mensajero», B. Aires).

Albañiles ELLOS Decoradoras ELLAS

por Daniel Rops

La iniciativa, de que quiero hablar, me parece digna de ser conocida por sí misma y por la enseñanza que contiene.

La idea nació y se está realizando en Lille. En esta gran ciudad del norte de Francia, como en todas las ciudades, existen tugurios. Desde hace mucho tiempo en Lille, como en París, se hacen muchos discursos oficiales sobre la lucha contra las viviendas insalubres, pero por falta de dinero o quizá, sobre todo, por falta de voluntad, nada serio se ha emprendido contra ese mal.

Un grupo de estudiantes lilenses pertenecientes a la Escuela Católica de Ingenieros, pensaron un día que la caridad debe manifestarse no sólo en estudios teóricos sobre el problema social, sino también en actos y organizaron un grupo de lucha «contra el tugurio» que se lanzó al asalto de las casas más deterioradas, más inhospitalarias para tratar de mejorarlas.

Evidentemente no todas las casas deterioradas se prestan a este género de asaltos, quiero decir de refacción. Las hay colocadas



de tal suerte, que su insalubridad es definitiva. Las hay que carecen de ventanas o tienen los techos demasiado bajos. Para éstas el único remedio es el pico demoledor. Pero existen otras que serían muy habitables, si la pobreza — a veces la despreocupación, el abandono — de sus habitantes no las hubiese puesto en tan triste estado. A esta categoría es la que los jóvenes de la I.C.A.M. dedican sus esfuerzos.

Empezaron haciendo una inspección ocular y un plan de campaña. Luego entablaron relaciones diplomáticas, pues no era su propósito introducirse en casa de los pobres como en tierra conquistada. Raros fueron los lugares que rechazaron la ayuda amigable y desinteresada que se les ofrecía. Hecho el convenio entre los vecinos y los voluntarios, éstos pusieron manos a la obra.

Una mañana, ante la mirada atónita de los vecinos, se detiene un carro: unos muchachos salen de él cantando y descargan su material. Al trabajo: adelante. Martillos, clavos, tenazas. Que esta puerta no se cierra, se le pone una cerradura. Que este tabique se inclina y tambalea, se le endereza y consolida. Aquí hay un hueco, se tapa con un poco de yeso. Y no olvidemos los huéspedes indeseables que abundan en todo tugurio... el insecticida D.D.T. entra en acción. En poco tiempo, y con la sonrisa y con la canción en los labios, lo grueso de la obra está acabada.

Entonces llega un segundo equipo compuesto de muchachas. Pintan, tapizan, limpian, introducen un elemento de decoración, un tapete, un grabado, todo ello colectado por el grupo en previsión de la obra.

Esa es la idea, la generosa idea lanzada y puesta en práctica por la Juventud Católica de la Escuela de Ingenieros, que se ha propagado muy pronto. Ahora todos los grupos de enseñanza superior en Lille, han creado equipos análogos y una santa emulación se manifiesta entre ellos. Y me han dicho que en Lyon, Grenoble, Tolosa, Argel, Rennes, los estudiantes enterados de la iniciativa piensan en imitarla.

Dos puntos merecen atención en esta iniciativa. El primero es este: ¿No les parecerá singularmente delicada la manera de proceder de estos jóvenes? ¿No creen que ese contacto humano, directo, tiene su propia virtud? Los voluntarios de la lucha contra el tugurio lo hacen de todo corazón; pero su gesto está muy lejos de esa caridad desdenosa que tanto ha ofendido, a los pobres. Esos cantos, esa bondad juvenil son quizá más útiles a quienes los reciban que las reparaciones que hacen.

(De «El Mensajero», B. Aires).



A la Juventud

No hay obra de caridad más noble ni más generosa que la de procurar la salvación de las almas. Porque todos los bienes resultan insignificantes cuando se les compara al bien supremo de la posesión de Dios.

Quienes no encuentran en la vida un rumbo; quienes sienten la inquietud de no pasar por la tierra sin dejar huella; quienes se consideran frustrados por no haber sabido ser útiles para los demás, debieran meditar profundamente en la fecundidad del apostolado misional. Renunciando a todo, encuentran las más íntimas satisfacciones; imponiéndose fatigas y sacrificios, halla el inagotable venero de la fecundidad; consagrando sus energías al prójimo, realizan lo que más ennoblece su propia existencia. Porque nada hay que ofrezca tan maravillosa dicha como convertirse en instrumento de Dios, para mejorar a la humanidad, y en agentes de su gracia, y en providenciales medios para extender su reinado.

Jóvenes que languidecáis por falta de horizontes, cristianos que os sentís abrumados por la inutilidad de vuestra vida: abraza la Cruz de Cristo y seguidlo a todos los lugares donde hay hambre y sed de las verdades eternas.

F. D. V. (20).

La flor de la pasionaria

En la época de la conquista viajaba un misionero franciscano por la orilla del Panamá, acompañado de una tribu gurani, a la que trataba de evangelizar.

Cierta mañana, en uno de esos paseos por los alrededores, se detuvo admirado ante una enredadera que trepando por un altísimo álamo cubría su tronco con un hermoso manto de flores de rara belleza.

—¿Qué nombre dáis a esa flor? — preguntó a los indígenas.

—Miburucuyá — le respondieron éstos. Y lleno de emoción, el misionero exclamó:

—Contemplad en ella una prueba del poder infinito de Dios único, de quien siempre os hablo, y la prueba de que El se halla entre los hombres de todo tiempo y lugar. En esta flor, crecida en las márgenes de este río, tan lejano de Judea, la patria de Jesús. El puso la corona de espinas, los tres clavos con que atravesaron sus manos y pies, las cinco llagas, la columna y la soga con que lo ataron, cuando sus enemigos lo condenaron a la Cruz.

Los indios inclinaron su cabeza con pensativo recogimiento, mientras el misionero al elevar una plegaria, bautizaba cristianamente aquella flor indígena con el nombre de flor de pasión o pasionaria, como la llamamos hoy.

R. S. J.

Soluciones a los Pasatiempos de la pág. 244

CRUCIGRAMA

Horizontales: 1º, Tortosa.—2º, Babiaca.—3º, Re, Apto.—4º, T, Nieva.—5º, Adivino.—6º, Revocar.—7º, Rosca, O.

Verticales: 1º, Tártara.—2º, Eco, VAC.—3º, Re, Rosa.—4º, Tío Vivo.—5º, Obtener.—6º, Sapido.—7º, Abanico.

ANAGRAMA: Mago.

JEROGLIFICO: ...La sobremesa.

SILUETA: Lugar, Parque de la Ciudadela. Escultor, V. Vallmitjana.

CHARADA: Francisco.

DESTILERIAS GALLEMI

Anis Gallemí - Estomacal - Brandy
Crema de café - Anis Barsa

Duque de la Victoria, 5 - Tel. 33 - VILAFRANCA DEL PANADES

HERNIADOS

usad aparatos TORRENT, sin tirantes, bultos ni molestias, por su gran comodidad, precisión y seguridad son siempre los preferidos. Bajo pres. C. S. 6337. No compren nada sin antes visitarnos.

CASA TORRENT

13, UNION, 13 — 124, Rbla. Cataluña, 124, pral.
BARCELONA (Jto. Diagonal).

LO INDESTRUCTIBLE

(Leyenda Medieval)

JOSE BALLESTER ANDREU.



OR ser dado a buscar en ocultas fuentes noticias fidedignas de históricas fazañas, he desempolvado viejos cronicones en archivos olvidados, y he leído, en el silencio augusto de las bibliotecas de rancia solera, los códices que miniaron frailes pacienzudos en la soledad de sus celdas monacales.

Al compás de mis lecturas, vi desfilar por la imaginación multitud de personajes nimbados de leyenda: reyes y príncipes; condes y barones, —señores de horca y cuchillo—, magnánimos unos, malévolos otros; frailes ungidos de piedad, y clérigos socarrones, como el Arcipreste de Hita; princesas encantadoras y dueñas entrometidas; trovadores y juglares, que hicieron las delicias de los duques en las horas noherniegas del castillo; y pícaros diestros en toda bellaquería y astucia, errantes siempre por caminos y mesones; y villanos, y pecheros, y soldadesca...

Todo este abigarrado conjunto del milenio, impresionó mis sentimientos y me dejó al pasar, un dulcísimo sabor de romancero, que luego aposentó en el corazón como un vino añejo de tradición y de poesía. Por eso no es raro que, en determinadas ocasiones, surja de lo profundo de mis recuerdos algún que otro hecho extraño, —sedimento de viejas lecturas—, que a veces he llegado a confundir como sucedido propio y me despertó la sugerencia de haber yo vivido en otra época feliz y remotísima...

Y no me preguntéis en qué lugar de la Tierra, ni en qué libro —encuadernación de pergamino y páginas amarillentas por la pátina del tiempo—, leí cuanto rememoro, porque no sabría decíroslo. Se me olvidó, por la balumba de ciudades y de lecturas en que fui a perder lo mejor de la vida. Tal me sucede con la historia que voy a relataros; mas, os aseguro que la carencia de algún dato insignificante, no amenguará la veracidad de la narración que conservo fresca en la memoria.

Allá por los tiempos lejanos del medievo, existía un país (no recuerdo cuyo era el nombre que le daba el cronista, como tampoco si estaba situado en las márgenes del Rhin o del Danubio), gobernado por el rey Godofredo. Símbolo parecía del poder y de la fuerza del reino, el imponente castillo —residencia del monarca— que brotaba de las rocas cimera del monte, perfilando sus torres esbeltas sobre el cielo brumoso del norte, en un desafío constante a los vientos, que silbaban quejumbrosos al resbalar sobre sus potentes muros.

Andaba el rey enfermizo por achaques de la edad, y embargado por la preocupación constante de cuál sería el destino de su pueblo el día en que Dios dispusiera de su alma. Tal pensamiento obedecía a no haberle dado el Cielo más descendencia que una hija bellísima y de extraordinarias dotes morales —la Princesa Bresilda—, cuyo porvenir le inquietaba desde tiempo hacía. Porque era el cetro muy pesado en desazones, dados los acontecimientos de la época, para ser empuñado por débiles manos de mujer. Y, en más de una ocasión, el rey Godofredo había recibido en su corte, como huéspedes de honor, a varios príncipes de reinos vecinos, con la esperanza de ver un día enamorada a la Princesa y dejarla bajo el amparo de un esposo digno de su realeza, que con ella compartiera el trono. Pero la Princesa, más atenta a cosas

de piedad, al parecer, que a vanidades y amorfos, no sintió la más leve inclinación por ninguno de aquellos pretendientes, que hubieron de volverse desesperanzados a sus dominios, sin poder olvidar ya los encantos naturales de la esquiva princesita.

Mas llegó un día en que el rey, sintiéndose más decaído que nunca, decidió imponer a su hija, por razón de estado, la obligación de elegir un caballero como esposo y protector... Y una tarde la llamó a su presencia, la hizo sentar en un escabel, y a la escasa luz del gótico vitral que les servía de fondo, le dijo así:

—Amada hija mía, Princesa Bresilda. Te llamo acuciado por la necesidad que el deber me impone. Mi hora final se acerca...

—¡Padre y Rey mío! —exclamó la Princesa, con lágrimas en los grandes y rasgados ojos de pupilas verdes, más hermosos que los de las gacelas.

—No te alarmes ni me interrumpas. Piensa que ha de hacerse la voluntad de Dios, que nos trajo a este mundo para merecer su gloria.

Amén —susurró la Princesa.

—Pues bien, para cuando ese momento llegue, que no ha de tardar mucho, quiero tener resuelto un negocio de mucha entidad, que viene torturándome desde hace algunos años. Se trata de tu porvenir y de los destinos del reino. Por tu condición de mujer, careces de la energía necesaria para el gobierno... Cuando yo no exista, quedará a merced de nuestros enemigos, sin nadie que te defienda con la fe y el valor que siente el corazón amante... Y tu vida está ligada al reino; te debes a él; naciste Princesa. El reino te exige que le des un rey. Si no lo haces, el reino será el primero en repudiarte. Yo hice lo que estubo a mi alcance. Por la corte desfilaron los príncipes más famosos, sin que ninguno lograra interesarte. ¿Qué piensas, Princesa Bresilda? Tu deber es uno, y ha llegado el momento de cumplirlo. ¿A cuál de los Príncipes que conoces estás dispuesta a entregar tu mano?

—Señor, permitidme que os diga que no conozco a ninguno, aunque los haya visto a todos. El conocimiento es algo más hondo que el trato superficial de unas horas o unos días...

Conoces el porte de cada uno, su valor y su destreza en el manejo de las armas, que pudiste apreciar en los torneos que se organizaron en tu honor...

—No basta eso para llenar el corazón de una mujer...

—Entonces ¿qué cualidades imaginas en el hombre que hayas de elegir por esposo? —preguntó el rey con ansiedad.

La Princesa Bresilda alzó suavemente el rostro, suspirando, y clavó la mirada de sus ojos color de malquita en un punto indefinido del espacio. Luego respondió con voz feble y armoniosa:

—No sabría explicároslo, señor, porque jamás me detuve a pensarlo seriamente. Nunca tuve ocasión de forjar en mi mente ensueños de amor, ni mi corazón sintió impaciencia por ello... Al contrario; siempre esperé confiada en que ese caballero ignorado hasta de mis íntimos pensamientos, habría de venir un día milagrosamente, sin saber de dónde...

—Y ¿no lo has presentido en ninguno de los que viste, hasta ahora?

La Princesa respondió con un movimiento negativo de cabeza.

Entonces, el monarca, sintiendo en lo más íntimo de su ser que se entablaba una lucha entre su amor paterno

y la fuerza imperiosa de su regio deber, quedó un momento dubitativo. Por fin, pensando más en su corazón el interés de la corona que la blandura de otro sentimiento alguno, y considerando, además, que su decisión la dictaba el mucho cariño que a la Princesa tenía, se expresó en estos o parecidos términos:

—Siento mucho tener que hacer caso omiso de tus naturales sentimientos. El caso es de urgencia y has de contraer matrimonio en el improrrogable plazo de tres meses a contar desde hoy, para que no te quedes sin amparo el día de mi muerte. Decide, pues, cuál ha de ser el Príncipe que comparta contigo el trono.

—Si no hay más remedio... —musitó.

—Es mi voluntad que mando hacer —dijo el rey en tono imperativo, usando la frase ritual de sus pragmáticas.

—Dadme, entonces, señor, una tregua hasta mañana para responderos.

Accedió el monarca y fuese la Princesa a su cámara, cruzándola majestuosamente, sin hacer caso del bufón que trazaba una pirueta, con ánimo de provocar la risa en los labios principescos. Subió al estrado y dejóse caer en el sitial, apoyando en su brazo el codo y la mejilla en la palma de la diestra mano, con muestras de tan honda preocupación, que dejó suspensas a sus dueñas y azafatas...

Mas pronto se rehizo y ordenó dulcemente:

—Dejadme sola y decid a fray Gundemaro que preciso hablarle.

Obedecieron todas, no sin antes hacer un saludo reverente, y pocos minutos más tarde, una de las damas levantaba el rico tapiz de la puerta para abrir paso al monje confesor de la Princesa.

No dice el cronista la conversación que sostuvieron, pero sí consigna estas palabras del fraile, salidas del hondón de su luenga barba blanca, en el momento en que se retiraba:

—El rey vuestro padre, está muy acertado. Debéis cumplir vuestra real misión. Eso no quiere decir que elijáis entre los que habéis visto, pero no conocéis. Pedid al rey que partan emisarios para todos los reinos amigos, y que propalen a los cuatro vientos la decisión que habéis tomado de otorgar vuestra mano al caballero que os traiga al presente de algo indestructible como símbolo de su corazón... El objeto que cada uno traiga, revelará su condición, que *por el fruto se conoce el árbol*. Y para probarlos haréis cuanto os he dicho.



Agrega la crónica que el rey estimó la demanda de la Princesa Bresilda, y mandó que salieran heraldos a llevar la noticia por todo el país y a otras tierras lejanas, con lo que los súbditos del reino se regocijaron muchísimo.

Al poco tiempo, comenzaron a llegar vistosos cortejos, —nobles caballeros armados de punta en blanco, montando briosos corceles—, siendo recibidos por el rey Godofredo con todo honor y pompa. Estaba el castillo adornado con el fausto digno de aquella egregia concurrencia, y hasta los timbales y clarines de la guardia parecían sonar a fiesta bajo el sol primaveral que lucía ya en el firmamento. Se organizaron torneos para celebrar el acontecimiento y llegó, por fin, el día en que todos los pretendientes habían de ofrendar sus presentes a la Princesa Bresilda.

La cual sentía la inquietud propia de quien marcha de cara a lo desconocido, sin remedio ni posibilidad de evitarlo. Agitada por vagos temores, pasó la noche en constante vigilia, y amaneció pálida y entristecida...

Y llegó el momento solemne. En el salón del trono, el rey Godofredo, —corona de oro y pedrería, y manto de armiño—, temblorosa la barba por la honda emoción que lo embargaba, ocupaba su sitial, rodeado de sus caballeros. La Princesa Bresilda, vestida de brocado y enjoyada con rico aderezo, estaba de pie junto a una ventana de alta ojiva, que aparecía abierta. La luz de la mañana acentuaba más la palidez mate de su rostro bellísimo, y los ojos verdes, hermosos, orlados de negrísimo pestañas, estaban ensombrecidos con la preocupación de su destino... Dos pajes sostenían la cola de su vestido. Más allá, sus dueñas y azafatas la contemplaban curiosamente, y, al otro lado, a respetable distancia, fray Gundemaro la miraba, infundiéndole valor y confianza.

A una señal del rey, el faraute que había a la puerta del salón, anunció con voz firme el nombre del primer candidato. Se alzó el regio tapiz. El corazón de la Princesa palpitaba como un pichoncito tembloroso entre las manos que lo oprimieran. Y pasó un caballero de noble continente, cuyos elásticos movimientos denotaban al hombre avezado al ejercicio de las armas. Tras él venía un escudero, portador de una espada formidable, sostenida con entrambas manos en sentido horizontal. Inclínose el pretendiente en un saludo respetuoso, tomó después la espada a su escudero, cruzó el salón, hizo otra reverencia ante las gradas del trono y se acercó a la Princesa Bresilda, que sentía un nudo en la garganta que no la dejaba respirar.

—Señora —dijo el caballero—. Mi admiración, mi respeto y mi deseo de servir son inmensos. Para complacerlos, he creído que el mejor símbolo de la fuerza de mis sentimientos, es mi espada victoriosa, que sólo ante vos se rinde como homenaje a vuestra hermosura.

Temblaba la Princesa al expresar su gratitud, mas iba serenándose a medida que hablaba, hasta llegar a parecer tranquila al objetarle:

—Mi gratitud no exime a vuestra ofrenda de la prueba de su firmeza. Permitidme, pues, que la lleve a cabo.

Asintió el caballero, y la Princesa, que tenía la espada en sus manos, la arrojó por encima del alféizar de la ventana. Con la vista siguieron los dos la caída del arma, que fué a estrellarse contra las rocas del abismo, saltando en dos, quebrado por el golpe el duro acero de su templada hoja.

Había salido fallida la prueba del primero.

Pasó el segundo. Era un príncipe rubio y esbelto, hijo del frío septentrión, que le ofreció su corona de oro con esmeraldas y rubíes.

La Princesa la dejó caer en el vacío y la joya quedó deshecha al chocar contra las peñas del fondo.

Vino luego un tercero. Traía el escudo con el que resguardara su pecho de las lanzas enemigas en torneos y batallas. Siguió el mismo camino que la espada y la corona de los anteriores, y al rebotar en las puntiagudas rocas se abolló, quedando inútil para el uso.

—¡El Príncipe Teobaldo! —anunció el faraute nuevamente.

Hizo el cuarto pretendiente una genuflexión cortesana muy gentil, y avanzó sereno, sin nada en las manos

que denotara el presente exigido. Llegó luego frente a la Princesa y, sacando de su escarcela un libro forrado en piel y con broches y cantoneras de oro, se lo alargó mientras decía:

—Señora, pensando que en vuestra fragilidad y hermosura radica vuestra fuerza, elegí para vos un presente delicado, pero firme, indestructible, como vos lo queréis. Es el exponente seguro de mis convicciones y sentimientos; aceptadlo con la admiración pura y sincera de este rendido caballero.

Ya cautivó a la Princesa el galante decir del Príncipe Teobaldo, hasta el punto de llegar a responderle con agrado:

—Primoroso e interesante es en verdad vuestro presente; lástima es que no pueda conservarlo.

—¿Acaso otro más afortunado, ganó ya vuestra voluntad?

—Mi voluntad es libre, pero he de probar la consistencia de este objeto, arrojándolo por esta ventana.

Un poco suspenso quedó el Príncipe Teobaldo, juzgando a priori extravagante capricho lo que acababa de oír, mas respondió en seguida con dulce sonrisa:

—Hacedlo, y veremos el poder de mi presente.

Hízolo ella como se le autorizaba, y ya el libro en el vacío, se abrió, esparciéndose sus hojas.

Triste quedó la Princesa ante la fragilidad del libro que le diera el caballero que había logrado interesarla un punto, y exclamó contrariada:

—Ya lo veis. Si se ha quebrado una espada, una corona y un escudo, ¿cómo no iba a romperse un libro tan débil?

—Permitidme, señora, que os diga que ese libro no se ha roto: en mi mente conservo sus verdades y su fe en el corazón. Ese libro encerraba la doctrina sacrosanta de Quien vino a redimirnos. Lo he leído desde niño tantas veces, que os lo puedo recitar de memoria, pero no es la letra solamente lo que importa: es el espíritu que lo anima. Todo allí es fe, amor, esperanza, dulzuras inefables, algo que flota por encima de todas las cosas caducas de la tierra, porque Dios habla al alma no perecedera. Ved, pues, cómo atesorando en mi corazón el contenido espiritual de ese libro, el libro queda incólume, aunque sus hojas se hayan desparzamado en alas del viento.

Lo escuchaba la Princesa embebecida con muchísimo deleite, hondamente emocionada... (El Príncipe Teobaldo le parecía el caballero milagroso que ella esperaba). Giró luego las pupilas radiantes de alegría hacia su confesor y vió que éste movía complacido y sonriente la cabeza en un signo de dichosa aprobación.

(De «Obra Mercedaria»).

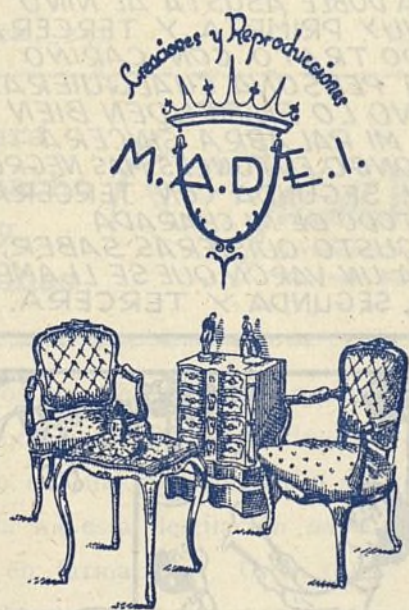
BROTO ELECTRICIDAD

INSTALACIONES GENERALES — Balmes, 135 - Tel. 27 18 86

ESTABLECIMIENTOS EXPOSICION

VENTA DE APARATOS ELECTRODOMESTICOS

Consejo de Ciento, 325 - Tel. 21 57 50 — BARCELONA



Muebles y Decoración
Paris, 202 Barcelona

CONSTRUCCIONES
DE OBRAS

Juan Llistuella
Figueras

Traveseras, 10
Teléfono 279
GRANOLLERS

FUMISTERIA Y FUNDICION

JOSE CAÑAMERAS S.A.

SUCURSAL
MADRID
CARD. CISNEROS, 78
TEL. 23-13-02

CASA CENTRAL
BARCELONA

SUCURSAL
MALAGA
MALPICA, 5
TEL. 3808

DIPUTACION, 415-423
TEL. 50723

COCINAS DE
TODAS CLASES
TERMOFONES
TOSTADORES
CALEFACCION
CENTRAL

SALAMANDRAS
ESTUFAS



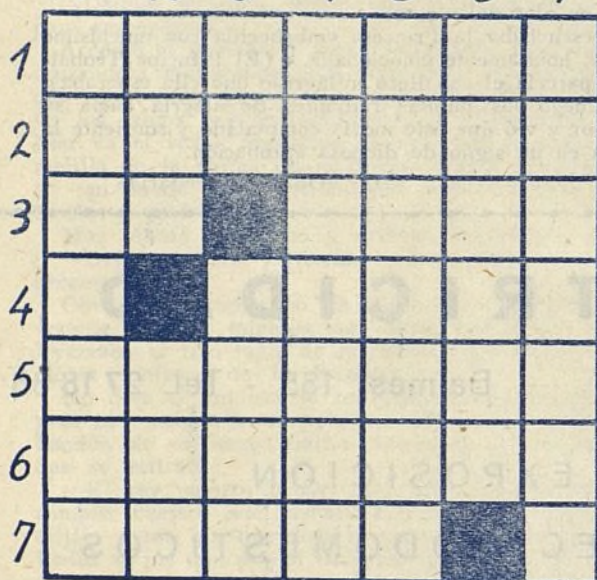
problemas y PASATIEMPOS

JEROGLIFICO
MAMIFERO

par NOTA

CRUCIGRAMA

1 2 3 4 5 6 7



HORIZONTALES
1- CIUDAD. 2- AL REVÉS, CORCEL FAMOSO. 3- NOTA, AL REVÉS, ÚTIL. 4- LETRA, AL REVÉS AGUA HELADA. 5- UNO QUE VATICINA; EN LETRAS CONFUNDIDAS. 6- LETRAS CONFUNDIDAS DE ANULAR. 7- AL REVÉS, PIEZA PARA SUJETAR. LETRA.

VERTICALES
1- NATURAL DE TARTARIA. 2- REPERCUSIÓN; AL REVÉS. LETRAS. 3- NOTA, EN LETRAS CONFUNDIDAS. 4- FLOR. 5- DIVERSIÓN. 6- CONSEGUIR. 7- PARA AIREARSE.

SOLUCIONES EN PÁGINA 240

ANAGRAMA

ADIVINO



1 2 3 4
- 3 2 1 4



¿SABEN USTEDES EN QUE LUGAR DE BARCELONA ESTÁ INSTALADA ESTA ESCULTURA Y CUAL EL NOMBRE DE SU ESCULTOR?



CUADRADO
HORIZONTAL Y VERTICAL
1- ANIMAL. 2- LUGAR DE LA PROVINCIA DE LE RIDA. 3- JOYA QUE USAN LOS INDIOS. 4- PARTE DEL MUNDO.

CHARADA

TERCIA DOBLE ASUSTA AL NIÑO
SOY MUY PRIMERA Y TERCERA
CUANDO TRATO CON CARINO
A UNA PERSONA CUALQUIERA.
Y SI NO LO ENTIENDEN BIEN
Y ES MI PALABRA SINCERA
ME PONGO ENTONCES MAS NEGRO
QUE EL SEGUNDA CON TERCERA.
SI EL TODO DE MI CHARADA
POR GUSTO QUISIERAS SABER,
BUSCA UN VARÓN QUE SE LLAME,
PRIMA, SEGUNDA Y TERCERA.



*Felices Navidades y próspero año 1952
les desean Colomer Costa elaboradores de
los exquisitos Espumosos*

Colomer

de San Sadurní de Noya

Domenech y Soler Cabot

JOYEROS

Paseo de Gracia, 11 - Teléfono 21 95 48 - BARCELONA

GUERIN, S. en C.

MATERIAL ELECTRICO

Valencia, 257

BARCELONA

Para
Despacho
y
Oficinas



Muebles FANLO

Jovellanos n.º 1 - Te. 21 52 55
Travesía Pelayo - Barcelona

Catarros Nasales se cortan rápidamente con sellos **EUPITA**. Un sello tomado en cualquier momento detiene la molesta destilación nasal.
Venta en farmacias C. S. 3085



Comercial y Artes Gráficas
Talleres Gráficos REX
Ediciones PAL-LAS

Avda. José Antonio, 719

BARCELONA



Al pedir Vales LA FLORESTA consigue Vd. el descuento de más envergadura, porque el terreno que obtiene

gratis incrementa de valor en virtud de las mejoras que de una manera constante introducimos

VALES "LA FLORESTA"

Vergara, 11 - pral. - Telfs. 22 68 00 - 22 63 16 - BARCELONA

A la presentación de este anuncio en las oficinas de La Floresta, le será entregado gratis el carnet general de compras, de valor 5 ptas.

RESERVADO

BILBAO

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA

ESPECIALIDAD EN PANTALONERIA Y ALTAS NOVEDADES PARA CABALLEERO

VALLHONRAT Y C.ª

TELÉFONOS: ALMACÉN, 2420 - FÁBRICA, 1733
Plaza Maragall, n.º 1 - TARRASA

TEXTIL ARMENGOL, S. A.

HILADOS Y TORCIDOS DE ALGODON

Bonmatí. Teléfono 9 (Anglés) - GERONA

AGENCIA COMERCIAL EN BARCELONA

Vía Layetana, 95 - Teléfono 22 07 39

CHAMPAÑAS

MONTSERRAT

HERMANOS

SAN SADURNI DE NOYA

ARTE DEL BRONCE

García y Mardones, S. L.

TRABAJOS DE BRONCE SOBRE PLANOS

APARATOS DE LUZ - CAMAS METALICAS

Fábrica y Oficinas: Moraza, 3 - Tel 32922 - BILBAO

Juan Ribas Codina

Fábrica de Tejidos Selectos

General Mola, 103 - Tel. 1585

TARRASA



4 ptas.

Ayuntamiento de Madrid